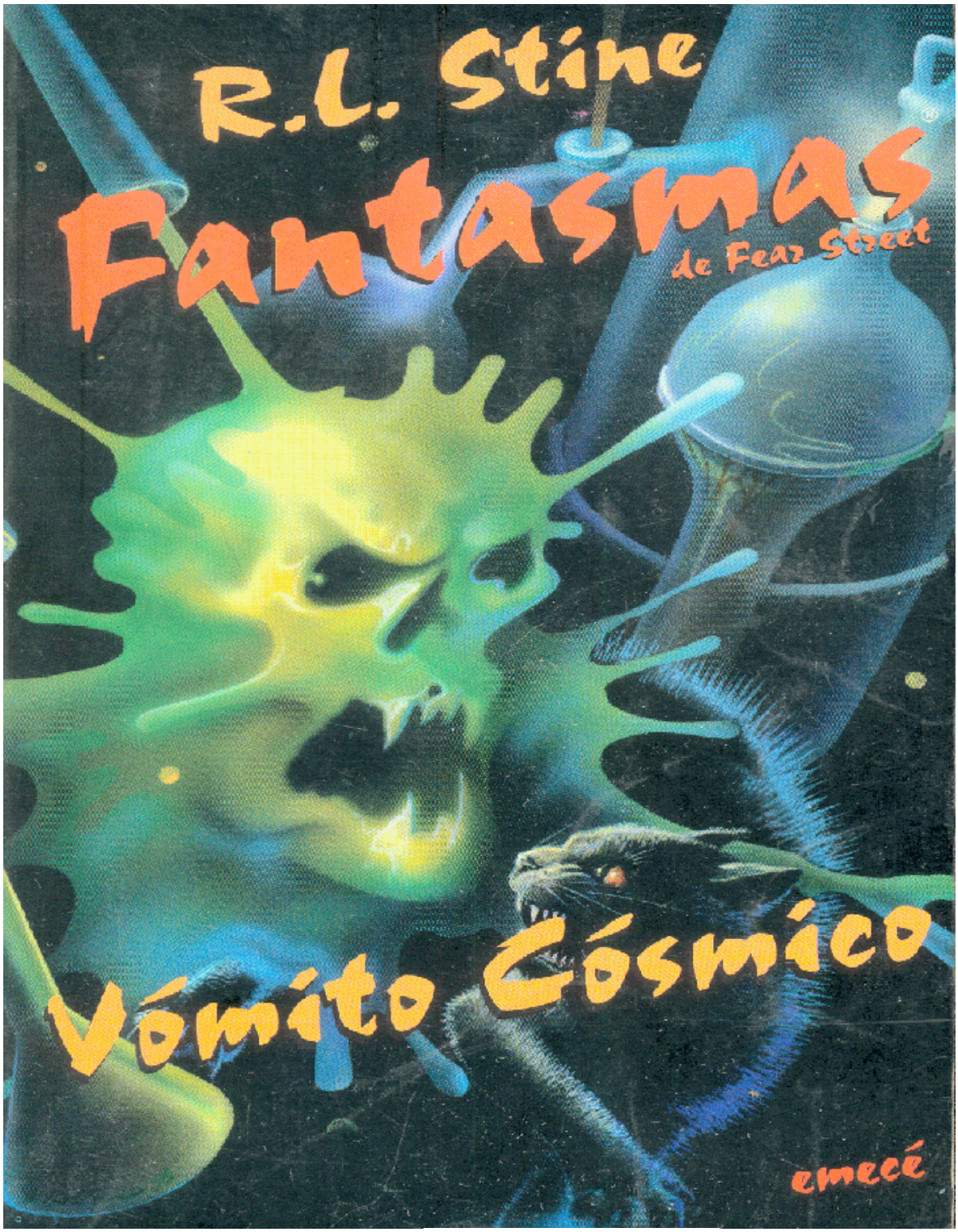
FANTASTMAS DE FEAR STREET
VÓMITO CÓSMICO
R. L. STINE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

La mayoría de los chicos no tienen que rogar a sus perros que corran tras una pelota. Pero Gordi no es como la mayoría de los perros.

-¡Atrapa la pelota, Gordi! -le supliqué mientras recobraba el equilibrio después del lanzamiento-. ¡Vamos, que sabes cómo hacerlo!

Gordi meneó el rabo. Después vio que se movía e intentó mordérselo.

-Vamos, Gordi -grité. Le lancé la pelota de tenis amarilla. Pasó volando junto a su hocico.

Gordi se dejó caer sobre la hierba. Ni siquiera parpadeó al oír que la pelota pasaba silbando junto a él.

La puerta corrediza se cerró de golpe. Giré y vi a mi hermana mayor, Michelle, caminando hacia mí. Llevaba, como siempre, un libro de texto bajo el brazo.

-¿Cuándo vas a enfrentarte a la realidad, Al? -me preguntó sentándose bajo el manzano-. Tu perro es un absoluto imbécil.

-No lo es -protesté-. Lo que pasa es que ahora no quiere jugar. ¿Verdad, Gordi? -Me senté junto a él y le acaricié la cabezota. Su pelaje lanudo de color marrón y blanco estaba caliente a causa del sol.

Michelle lanzó un bufido y abrió su libro de cálculo.

-¿Estás estudiando? -le pregunté-. ¿Un sábado? ¿Y dices que Gordi es un estúpido?

-Quiero sacar las mejores notas de toda mi clase de primero -dijo Michelle.

Michelle tiene catorce años, sólo tres más que yo. Pero ya está estudiando matemáticas de nivel universitario.

Si aún no te habías dado cuenta, ser inteligente lo es todo para ella. Y para mis padres también. Los tres son unos genios. Lo digo en serio. Son auténticos genios.

Es un castigo. Los profesores siempre me preguntan si soy el hermano menor de Michelle Sterner. Cuando digo que sí, esperan que estudie veinticuatro horas al día. Igual que ella.

Soy listo. Probablemente tan listo como Michelle. Pero no quiero pasarme toda la vida con la nariz metida en un libro. Me gusta divertirme.

A Michelle sólo le gusta estudiar, estudiar a todas horas. Si quieres saber mi opinión, por su propio bien le convendría no ser tan lista.

Gordi se incorporó lentamente con un gran bostezo. Se acercó al seto que recorre el flanco del jardín y empezó a escarbar.

Después fue trotando hasta donde estaba Michelle y empezó a hacer otro agujero.

Pocos minutos después ya tenía en marcha un nuevo agujero junto a la verja trasera.

Michelle negó con la cabeza.

-Tu perro es tan idiota que ni siquiera puede acordarse de dónde ha enterrado su hueso. Deberías agenciarte un gato -me dijo Michelle-. Los gatos son muy inteligentes.

-¿Como Chester? -le pregunté. Chester es el gato de Michelle. Michelle cree que es inteligentísimo. .

-¿Ya te he dicho que ahora puede contar hasta ocho? -me preguntó Michelle.

-¿También puede multiplicar y dividir? -bromeé.

Michelle me sacó la lengua.

-Puede levantar la cortina cuando quiere luz. Y sabe cómo saltar sobre el abrelatas eléctrico cuando tiene hambre. Y...

-¿Y qué importa si es listo? -la interrumpí-. Las mascotas no están para eso.

Pero Michelle no me hizo caso

-Vi por televisión un gato que aprendió a tirar de la cadena del baño -continuó-.

También le estoy enseñando a Chester a hacerlo.

-Vaya, pues sí que eres perezosa, Michelle, ¿no puedes tirar de la cadena tú misma?

-No va a tirar de la cadena por mí, bobo. Voy a enseñarle a que utilice el baño como nosotros. Y después ya no necesitará tierra para hacer sus necesidades.

-Michelle, te estás volviendo loca de remate.

-Tienes envidia porque ni siquiera puedes enseñar a Gordi a que te traiga las cosas. Chester es un millón de veces más listo que tu perro. Probablemente incluso es más listo que tú.

-Muy graciosa, Michelle. Pero muy graciosa.

-Si se lo pides a Chester con amabilidad -continuó Michelle-, estoy segura de que a ti también te enseñará a tirar de la cadena.

-Vámonos adentro, Gordi -le dije a mi perro-. No tenemos por qué aguantar esto.

Crucé el jardín y tomé a Gordi de su collar. Tuve que tirar de él tres veces, con fuerza, antes de que se diera cuenta de que quería que viniese conmigo. Después entramos en casa.

Mamá estaba junto a la mesada de la cocina, decorando una torta.

-No mires, Al -me dijo, moviendo hacia mí una espátula manchada de chocolate por todas partes.

Mamá tenía por toda la cara pequeños puntitos de chocolate. Parecían pecas enormes. Tanto mamá como yo tenemos montones de pecas, y el mismo pelo rojo y los ojos castaños.

-Pero, mamá -exclamé-. Hoy es mi cumpleaños. Ya sé que es mi torta de cumpleaños.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de esto, pensé.

-Aun así, quiero que sea una sorpresa -dijo con firmeza-. Vete a tu habitación y espera. Y no salgas de allí hasta que nos oigas cantar. Puedes ponerte a memorizar todas las capitales de los países sudamericanos para el colegio.

Suspiré.

-Me las sé todas y cada una de memoria, mamá.

-¿Y si estudias para el concurso de ciencias del miércoles? -me sugirió mamá.

Me encogí de hombros y fui por el pasillo hasta mi habitación, arrastrando a Gordi tras de mí. En mi casa, si no estudias para una cosa, estudias para otra.

Mamá y papá son investigadores. Por eso me llamaron Al, como el mismísimo Albert Einstein.

Supongo que no puedo culparlos por esperar que yo acabara siendo una especie de genio científico. Pero me gustaría que entendieran que jugar al béisbol y salir con mis amigos no es malgastar mi "maravilloso cerebro", como dice mi madre.

En cuanto entramos en mi habitación Gordi bostezó y se dejó caer en el suelo. Tomé un número de la revista *Súper Cuchillas y* me tumbé en la cama.

Me pregunté qué habrían preparado papá y mamá este año para mi cumpleaños. En estas celebraciones siempre nos llevan a Michelle y a mí a algún acontecimiento cultural. Algunas veces es un concierto o, si hay auténtica mala suerte, vamos a la ópera.

Además siempre nos hacen regalos educativos. Aburridos. Completamente aburridos.

Quería que este año fuera diferente. Así que les di a entender que quería unos patines. Y lo hice de un modo bastante evidente. Dejé por todas partes anuncios de los patines que me gustaban.

Además, no perdí ninguna oportunidad de mencionarlos, haciendo que sonaran de lo más educativo. Le dije a mi madre que los patines eran excelentes para la coordinación de los sistemas ocular y motor.

Le dije a Michelle que mejoraban el proceso de toma de decisiones en situaciones de urgencia.

Le dije a mi padre que había una gran oferta de patines en Dalby.

Confiaba en que sacarían las conclusiones acertadas. Para ser tres personas brillantes, hay ocasiones en que pueden ser bastante duros para entender indirectas.

Mientras hojeaba *Súper Cuchillas,* oí pasos q e descendían por las escaleras del sótano.

Eso significaba que ya casi estaban preparados para empezar a cantar. Siempre utilizamos el sótano para las celebraciones.

Dejé la revista de patinaje en el suelo y salté de la cama.

-¿Preparados?-grité desde el pasillo. Estaba muy emocionado. Casi podía sentir aquellos patines en los pies.

-Díganme cuando estén preparados -grité.

Ya no podía aguantar más el suspenso.

-¿Ya? -pregunté.

-¡Ya!

Me lancé a la carrera.

Abrí la puerta del sótano y vi a mamá y a papá al final de las escaleras. Michelle estaba delante de ellos, sosteniendo la torta. Todas las velas estaban encendidas.

Empezaron a cantar *Cumpleaños feliz.*

Bajé las escaleras lentamente, mirando por el sótano, intentando localizar mi regalo.

Mis ojos se posaron como flechas en el complejo informático de mamá.

Allí no había nada.

Miré hacia la gran mesa que había en medio de la habitación. Encima de ella había uno de los experimentos de Michelle. Nada más.

Después miré hacia la lancha motora solar en la que estaba trabajando mi padre. En torno de ella había miles de herramientas de alta tecnología. Ningún regalo.

Nada.

No lo puedo creer, pensé. No están los patines. No me han hecho ningún regalo.

Me quedaban tres peldaños por bajar. Lancé una última mirada a mi alrededor, pero no vi nada envuelto en papel de regalo.

Por fin llegué al final de las escaleras, justo donde estaban Michelle y mis padres, y me llevé la mayor sorpresa de mi vida.

2

¡BOOM!

Una enorme explosión sacudió el sótano.

El suelo, las paredes, todo se tambaleó. El experimento de Michelle cayó de la mesa y se hizo añicos al estrellarse en el suelo. Las herramientas de papá salieron volando en todas direcciones.

Cuando la fuerza de la onda expansiva me derribó solté un grito.

Caí con un ruido sordo sobre el duro cemento.

Mamá, papá y Michelle se me acercaron. Riendo. Partiéndose de risa.

-No te has hecho daño, ¿verdad, Al? -me preguntó mamá, todavía riéndose.

-Estoy bien -gruñí-. ¿Qué ocurre? ¿Qué es tan divertido?

-Sorpresa -cantó papá-. Queríamos celebrar tu cumpleaños con gran estruendo.

-Vaya, qué bien -dije, sacudiéndome la ropa.

-No lo entiende -anunció Michelle.

-¿Qué tengo que entender?

-Odio tener que admitirlo, pero lo cierto es que estaba muy confundido.

-El regalo es un juego de química -explicó mamá. Se hizo a un lado. Detrás de ella, en el suelo, había una caja enorme con las palabras EL FUTURO CIENTÍFICO impresas en grandes letras rojas en la parte delantera.

-Bienvenido al maravilloso mundo de la química, Al -dijo papá-. Aquí vas a tener un

montón de aventuras emocionantes.

Miró hacia los cristales rotos y las sustancias químicas vertidas que había en el suelo.

-Michelle tuvo que usar algunas cosas del juego para preparar la explosión. No te preocupes. Lo volveremos a dejar como antes.

-Muchas gracias, mamá. Papá -murmuré-, el juego de química es muy...

-¿Estimulante? -preguntó papá.

-Esa era exactamente la palabra que estaba buscando -dije.

-¿De verdad te gusta? -preguntó mamá.

-Me encanta -mentí.

No quería herir sus sentimientos. Me daba cuenta de que para ellos el juego de química era un regalo increíble.

Ya he dicho que podían ser duros para entender indirectas.

Esforzándome por disimular mi decepción, abrí la caja y observé la fila de tubos de ensayo que había en su interior. Pero cuando agarré un tubo lleno de un líquido verde, papá me lo quitó de las manos.

-Todavía no, Al -me dijo, colocando el tubo de nuevo en su lugar.

-Necesitas una lección sobre cómo utilizar todas estas sustancias químicas -dijo mamá.

-Recuerda que no es un juguete -añadió papá-. Michelle te enseñará a utilizar el juego de química con responsabilidad.

-¿Y por qué no tú o mamá? -pregunté.

-Bueno, hace mucho tiempo que ni mamá ni yo manejamos un juego de ᵠuímica -contestó papá-. Y Michelle sabe bastante más que nosotros.

-La explosión la ha preparado Michelle -añadió mamá-. Ha sido su modo de desearte un cumpleaños feliz.

No sé por qué, pero aquello no me sorprendió.

-Basta con que le digas a Michelle cuándo vas a empezar a utilizarlo -continuó mamá.

-Lo antes posible -respondí, confiando en que sonase como si de verdad lo deseara-. De verdad, lo antes posible.

Si hubiera sabido que estaba a punto de meterme en la peor pesadilla imaginable, no habría abierto aquella caja.

Habría esperado hasta el final de los tiempos.

3

Vaya cumpleaños.

Primero un juego de química. Después una noche en la ópera que me pareció interminable.

Incluso cuando finalmente el villano le atravesó el corazón al héroe con su espada, el tipo siguió dale cantar y cantar.

Y el día después de mi cumpleaños las cosas no estaban saliendo mucho mejor.

Era domingo. Para mí, eso significaba que podría estar afuera haciendo algo divertido. Para papá y mamá, significaba estudiar. Así que eso es lo que estaba haciendo: memorizar datos de mi libro de *Enigmas científicos* para el concurso de ciencias.

El Colegio Shadyside había ganado el campeonato estatal tres años seguidos. Con Michelle en su equipo, ¿cómo iban a perder?

Pero el año pasado Michelle pasó al Instituto Shadyside. Entonces todo el mundo empezó a decir que había llegado mi turno de mantener bien alta la tradición vencedora de la

escuela. Y por eso estoy metido en mi habitación, estudiando.

Leí la primera pregunta: ¿Cuál es el resultado de la fotosíntesis?

Antes de poder hallar la respuesta, empecé a percibir un olor nauseabundo. Tuve que ir a investigar. Alguien podría morir con semejante olor.

Me fijé en todos los dormitorios y bajé hasta el recibidor. Estaban vacíos.

En cuanto vi a Michelle en la cocina, supe que había encontrado la causa de aquella pestilencia asquerosa.

-Estás haciendo magdalenas otras vez, ¿verdad? -la acusé-. Admítelo, Michelle.

-No las toques -gruñó, poniéndose frente a la mesada e impidiéndome verlas-. No las mires siquiera.

-Demasiado tarde -le dije-. Ya las he visto. Han quedado completamente quemadas.

-Sólo están un poco oscuras en los bordes -afirmó-. A los miembros de mi club de ajedrez les van a encantar.

-¿Vas a envenenar a tus amigos? -le pregunté-. Eso es perverso, incluso viniendo de ti.

Alguien llamó a la puerta y Michelle corrió a abrir. Pero yo llegué primero. Colin, mi mejor amigo, entró en casa.

-Vaya, sólo eres tú -murmuró Michelle.

-¿Qué? -dijo Colin-. ¿Qué quieres decir con que soy sólo yo?

-Su club de ajedrez tiene una reunión aquí -le expliqué-. Probablemente esperaba que fueses Jonathan Muller. Es el presidente del club y está loca por él.

-No es cierto -saltó Michelle. Pero se le puso la cara como un tomate.

-Sí, claro -respondí-. Deberías ver su cuaderno de espiral -le dije a Colin con una mueca-. Tiene páginas enteras llenas del nombre "Michelle Sterner Muller". Quiere casarse con ese tipo o algo así.

Colin se rió disimuladamente. Michelle me tiró una manopla.

-¿Y tú qué hacías metiendo las narices en mi cuaderno? -dijo gritando-. Eso es propiedad privada.

Le devolví la manopla por el aire.

-Mamá me dijo que podía hacerlo -le informé-, porque me había quedado sin papel. Michelle me miró con odio.

-Si se lo dices a alguien, te mato. -Giró hacia Colin.

-Y a ti también -amenazó.

-De acuerdo -dijo Colin-. ¿Puedo comerme una magdalena?

Antes de que pudiera detenerlo, Colin se metió una de las magdalenas asesinas en la boca.

-Bueno, voy a llamar a emergencias -dije.

-Vaya, son increíbles -exclamó Colin.

-¿Ves? -contestó Michelle orgullosa.

-Son totalmente increíbles -dijo Colin, tragando-. ¿Cómo consigues que tengan sabor a carbón?

Choqué las manos con Colin.

-Buen tanto -gritó-. Dos puntos.

-Fuera de aquí, idiotas -gritó Michelle.

-Vamos, Colin -dije-. Vamos al sótano.

Quiero mostrarte mi regalo de cumpleaños.

-Bueno. Tengo muchas ganas de ver los patines -respondió Colin.

Negué con la cabeza.

-No me los han regalado.

-No puede ser -exclamó Colin-. ¿Tus padres te hicieron lo de siempre?

-Sí. -¿Qué más podía decir?

Llevé a Colin abajo. Chester, el inteligentísimo gato de Michelle, nos siguió. Se agazapó en una esquina y observó cómo abríamos el juego de química. Nos miró como

diciendo: "Me voy a contarle a Michelle. Me voy a contarle a Michelle. No tienes que tocar eso si no está Michelle".

Más vale que mi hermana aún no le haya enseñado a hablar, pensé.

Colin sacó una probeta llena de cristales de color púrpura.

-¿Qué tienes que hacer con todo esto? -Aún no lo sé. No debería utilizarlo hasta que me enseñe Michelle -respondí.

Oí el timbre de la puerta. Los idiotas ajedrecistas de Michelle ya estaban aquí.

-No hace falta que la esperemos -dijo Colin con una sonrisa maliciosa-. Vamos a divertirnos un rato solos. -Agarró un tubo de ensayo lleno de un líquido rojo y lo vació en una probeta.

-Más vale que no -le advertí-. Te puedes meter en un buen lío si no sabes lo que haces.

-No voy a hacer nada demasiado grande -dijo Colin-. Sólo una pequeña bomba de olor.

-No sé -dije-. Mis padres me dijeron que no...

-Podemos hacerla explotar arriba -me interrumpió Colin-. ¿No quieres ver cómo tu hermana se ahoga y se asfixia, justo delante del chico que le gusta?

Eso sí sería divertido. Al menos hasta que se enteraran mis padres.

-¿Dónde está el manual? -me preguntó Colin, buscando por la caja.

-Creía que ya sabías cómo hacerla -contesté.

-No, no sé -admitió Colin-. Pero debe de haber instrucciones por alguna parte.

-Sí, claro -dije sarcásticamente-. Basta con mirar en la B de Bomba.

Colin encontró el folleto de instrucciones y lo *hojeó,* negando con la cabeza.

-Aquí no dice nada -murmuró.

-Vamos -le dije-. Podemos ir a dar una vuelta al centro o a algún otro sitio.

-No. Quedémonos aquí. No necesitamos las instrucciones. No ha de ser muy difícil conseguir algo que huela mal -afirmó Colin-. Tu hermana lo consigue sin tan siquiera intentarlo.

Me reí. Colin siempre sabe cómo hacerme reír. Esa es una de las razones por las que somos tan buenos amigos.

Colin inclinó el tubo de ensayo con cristales de color púrpura sobre el líquido rojo.

-Colin. No hagas eso -le advertí.

No me hizo caso.

Inclinó un poco más el tubo de ensayo.

-Colin. No sabes lo que estás haciendo -le grité.

Los cristales púrpura empezaron a caer.

Miré las etiquetas de los tubos de ensayo.

-El rojo y el púrpura no, Colin. Esos dos no -grité-. Vas a hacer volar la casa.

4

Le arrebaté la probeta.

Los cristales púrpura se derramaron y se esparcieron por toda la mesa de trabajo.

-No puedes mezclar sustancias químicas sin saber qué puede pasar, Colin. Estas dos podrían haber causado una explosión -le grité.

-Vaya -contestó Colin-. ¿Esto significa que nada de bombas de olor sólo porque temes que la casa vuele por los aires?

Me reí. No pude evitarlo. Como ya he dicho, Colin sabe cómo hacer que me parta de

risa.

-Bueno, bueno. Nada de bombas de olor -dijo Colin, cediendo-. Vamos al centro comercial.

Empezamos a ordenar el juego de química.

-Eh, ¿qué es esto? -preguntó Colin mientras intentaba volver a meter la hilera de tubos de ensayo en la caja.

Sacó una hoja suelta de papel del fondo de la caja.

-Mira. ¿Te parece lo bastante bueno? -preguntó.

Miré por encima de su hombro y leí el papel. Instrucciones, instrucciones para hacer una bomba de olor. Qué extraño.

Las instrucciones estaban escritas en un trozo de papel de color anaranjado que no se parecía en nada al papel en que estaba impreso el manual. Muy extraño.

-Vamos a hacerlo -Colin me incitó-. Tenemos todo lo que se necesita.

-Bueno, de acuerdo. -Finalmente accedí. ¿Cómo iba a dejar pasar esa oportunidad de dejar a Michelle en ridículo?

Medimos las sustancias químicas minuciosamente y las combinamos en una probeta limpia.

-No añadiremos ésta hasta que estemos en nuestra posición en el piso de arriba -le dije a Colin. Le mostré un tubo de ensayo lleno de un polvo amarillo.

-Buena idea -respondió.

Subimos las escaleras de puntillas y entramos en la cocina. Eché un vistazo al salón. Jonathan Muller estaba junto a la chimenea, hablando sobre un torneo de ajedrez que estaban organizando.

Vi a Michelle en el sofá. Estaba inclinada hacia adelante, mirando fijamente a Jonathan desde el lado opuesto de la habitación. Los demás chicos también estaban con la mirada puesta en Jonathan. Perfecto.

-Vamos -susurré. Me puse en cuatro patas y entré disimuladamente en el salón. Me arrastré hasta quedar detrás del sofá y me escondí detrás de éste. Colin me siguió.

-¿Preparado? -me indicó Colin, levantando la probeta.

-Sí -susurré, levantando el tubo de ensayo-. Aguanta la respiración.

-¿No querrás decir que me aguante la nariz? -bromeó Colin.

Me reí con él. Después vertí el polvo amarillo en la probeta.

Nos agazapamos más aún contra la parte trasera del sofá y esperamos. Pero no ocurrió nada.

-Huélelo -susurré.

Colin se llevó el tubo de ensayo a la nariz.

-No huele a nada -suspiró.

-Idiotas. ¿Qué están haciendo aquí? -Michelle se asomó por encima del respaldo del sofá, con una expresión más dura de lo normal.

-¿Qué hay en esa probeta, Al? -me preguntó.

-No hay nada -mentí-. De verdad.

-No puedes utilizar tu juego de química hasta que yo te enseñe a hacerlo -gritó-. ¿Es que nunca sigues las instrucciones?

-¡Pero si hemos seguido las instrucciones! -exclamó Colin, enseñando el papel anaranjado-. No es culpa nuestra que la bomba de olor no haya explotado.

Gracias, Colin, pensé. Muchas gracias.

-¿Estaban intentando tirar una bomba de olor en mi reunión? -dijo Michelle con un grito agudo-. Ya verás cuando se lo diga a papá y mamá. Ya verás.

Colin y yo nos fuimos a la cocina.

-Y deja en paz ese juego de química -gritó Michelle a nuestras espaldas.

-¿Tu hermano menor no sabe ni hacer una bomba de olor? -oí que le decía alguien a Michelle-. ¿Seguro que son parientes?

Me sentí como un completo estúpido. Que me descubrieran utilizando el juego de química ya era grave. Pero era peor saber que Michelle y sus amigos me consideraban demasiado estúpido para hacer una bomba de olor.

-¿Qué hacemos con esta porquería? -me preguntó Colin cuando volvimos al sótano.

-Tirarla, supongo.

-¿A la basura? -me preguntó Colin.

-No, la tiraré por la pileta. -Agarré la probeta y me di cuenta de que la solución estaba tomando un color anaranjado de lo más raro. Anaranjado neón.

-¿Ha empezado a funcionar ahora? -gruñó Colin.

Olí aquella porquería viscosa.

-No. No funciona. Sigue sin oler -le contesté.

Coloqué la probeta sobre la mesa.

-Vamos a guardar el juego de química, antes de que llegue mi madre. Se pondrá hecha una fiera si se entera de que he estado usándolo sin ayuda de Michelle.

-¿Por qué te vas a preocupar? -me preguntó Colin-. Michelle va a contarle de todos modos. Seguro.

Tenía razón. Probablemente le contaría.

Chester estaba sentado en el rincón del sótano. Ya me había olvidado que estaba allí. Dejó escapar un prolongado maullido. Después se levantó y se encaramó a la mesa de un salto.

Se acercó hacia la probeta, moviendo la cola a un lado y a otro.

-¿No tendrías que estar haciendo tus problemas de matemáticas, Chester? -le pregunté. Chester se acercó sigilosamente a la probeta.

-Fuera de la mesa. Fuera. -Le di un pequeño empujón y derribé la vasija con la bomba de olor.

La sustancia viscosa de color naranja se derramó sobre la mesa. Espesa y pegajosa.

Un poco de esta sustancia impregnó una de las patas delanteras de Chester.

Se le erizó todo el pelo.

Arqueó el lomo.

Agachó las orejas.

Lanzó un bufido hacia la sustancia viscosa, enseñando sus dientes blancos y afilados.

Después bajó de la mesa de un salto, subió las escaleras a toda prisa y se encogió asustado junto a la puerta.

-Mira -dijo Colin asombrado-. Está rezumando por todas partes.

Colin tenía razón.

La sustancia se había extendido a través de la mesa. Y había bajado por las patas hasta llegar al suelo.

Ahora estaba atravesando la habitación.

-Mi madre me matará si no hemos limpiado todo esto antes de que llegue a casa.

Me acerqué a toda prisa a la pileta y saqué un enorme rollo de toallas de papel. Rasgué una tira de gran tamaño y se la pasé a Colin.

-No lo toques -le aconsejé-. No sé qué pueden hacerle a la piel estas sustancias químicas.

Colin se envolvió la mano izquierda con las toallas de papel hasta tenerla cubierta por una bola de papel del tamaño del guante de un receptor de béisbol.

Después nos pusimos manos a la obra.

Las toallas de papel no absorbían la sustancia como había esperado. Cada vez que la tocaban, se dividía en bolitas que se alejaban rodando.

-Qué cosa tan extraña -exclamó Colin-. Esto sí que es raro.

-Prueba a hacerlo de este modo -le sugerí. Con una toalla de papel en cada mano, atrapé un poco de fango. Incluso a través del papel, la sustancia tenía un tacto esponjoso y gelatinoso.

Librodot

-Yo me encargaré de la mesa. Tú limpia el suelo -le ordené mientras agarraba otro grumo de color anaranjado neón.

-No acabaremos nunca de limpiar esta porquería. Se escapa todo el tiempo de las manos. -Colin hizo otro guante de béisbol de papel. Se arrastraba por el suelo intentando atrapar la sustancia fangosa.

-Tenemos que hacerlo -le dije-. Tenemos que limpiarlo. Mi madre no puede llegar a ver este estropicio. De ningún modo. -Abrí otro rollo de toallas de papel y empecé a combatir el fango de nuevo.

Perseguimos aquella sustancia por toda la habitación hasta que sólo quedó un charquito sobre la mesa. En cuanto lo toqué con el papel, se deslizó. Pero tenía la otra mano preparada para detenerlo.

-Ya está -gritó Colin-. ¿Y ahora qué hacemos con todas las toallas de papel? ¿Las tiramos por el inodoro?

Miré al suelo. A la montaña de toallas de papel que habíamos amontonado allí.

-No. No podemos hacer eso. Lo atascarían -respondí.

-De acuerdo -contestó Colin-. Entonces las tiraré a la basura.

-No. No. Eso tampoco lo podemos hacer. No recogen la basura hasta el sábado -le expliqué-. No quiero que quede ni rastro de esta sustancia por aquí.

Recorrí el sótano con la mirada. Hasta dar con una enorme caja roja, una vieja heladera portátil que papá utilizaba para ir de pesca. Perfecta.

-Las podemos meter ahí -dije-. Y más vale que nos demos prisa. Mi madre llegará de un momento a otro.

Levanté la tapa de la caja. Estaba llena de tierra para gatos. Bolsas y bolsas de tierra para gatos.

-Al. ¿Estás ahí abajo? -dijo mamá desde el piso de arriba-. Ya estoy en casa.

5

Ayúdame, Colin -le susurré mientras empezaba a vaciar de bolsas el cofre.

Click. Click. Click.

El ruido de los tacones altos de mamá empezó a descender las escaleras del sótano.

-Date prisa, Colin. ¡Date prisa!

Agarré grandes montones de toallas de papel, con cuidado de que aquel fango no me tocase las manos.

Chester lanzó un maullido lastimero.

-¿Qué te ocurre, gatito? -dijo mi madre mientras descendía-. Soy yo. No tienes por qué asustarte.

Los tacones de mamá bajaron por las escaleras haciendo cada vez más ruido, acercándose poco a poco.

Aparté la tapa de la heladera y amontoné los papeles en su interior. Colin apiló los suyos encima y cerró la tapa de un golpe.

Lo habíamos conseguido.

Con el pie izquierdo empujé la heladera hasta meterla debajo de la mesa, justo en el momento en que mamá entraba en la habitación.

-¿Qué hacen? -preguntó.

-Aquí, pasando el rato -respondí, dándole a mi voz un tono normal.

Mamá me miró con recelo.

-Ya veo que has sacado el juego de química. ¿Ya te ha enseñado Michelle a utilizarlo

con precaución, Al?

-Todavía no. Pero ya lo hará -dije-, cuando se vayan los de su club de ajedrez.

-¡Oh, no! Me di cuenta de que había una enorme gota de fango sobre la mesa de trabajo. Me incliné sobre la mesa, intentando disimular. Coloqué la mano sobre la sustancia anaranjada.

-No quiero que utilices el juego de química hasta que no conozcas bien todas las medidas de seguridad. Te lo digo en serio -me advirtió mamá.

Bien. No había visto el fango.

-De verdad, mamá -le respondí-, sólo estábamos mirando los tubos de ensayo.

Podía sentir el fango bajo mi mano. Cada vez estaba más caliente. Empezó a deslizárseme entre los dedos.

-De acuerdo. Si quieren comer algo, aún queda mucha torta de cumpleaños -nos dijo mamá.

El fango rezumó un poco más. Puse la mano izquierda sobre la derecha para cubrirlo. No iba a poder esconder aquella sustancia pegajosa durante mucho más tiempo.

-Estupendo, señora Sterner -dijo Colin-. Seguro que un poco más tarde subiremos a comer torta.

Ahora el fango empezaba a subirme por la mano izquierda. Vete, le rogué en silencio a mi madre. Vete arriba.

-De acuerdo -dijo mamá, y subió hacia la cocina.

No me moví hasta oír cómo se cerraba tras ella la puerta del sótano. Después me miré las manos. El fango me cubría ambas palmas. Y se estaba extendiendo por las muñecas.

-Ayúdame a quitarme esta porquería -le dije a Colin.

-Qué cosa tan asquerosa -dijo Colin quejándose. Pero hizo otro guante de papel y frotó una y otra vez, limpiando hasta el último vestigio de aquella extraña sustancia fangosa.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, estaba muy cansado. Como si no hubiera dormido nada.

Hice un esfuerzo por incorporarme. Ropa. ¿Qué ropa iba a llevar al colegio? No podía decidirme. Finalmente agarré unos pantalones vaqueros y la primera camiseta que encontré al meter la mano en el armario.

Ahora necesitaba medias y zapatos. Mamá acababa de lavar la ropa, recordé. Así que ¿dónde había puesto mis medias?

Es igual, me dije. Ya estaba llegando tarde. Las medias que había llevado el día anterior no estaban muy sucias. Y estaban metidas en mis zapatos, así que no tendría que buscarlas por todas partes.

Me senté en la cama y me puse las medias. Después me agaché para agarrar un zapato.

Lo mantuve en alto durante un momento, solamente mirándolo. ¿Qué me pasaba esta mañana? ¿Por qué lo hacía todo con tanta lentitud?

Metí el pie en el zapato. Tuve una sensación extraña. No es que me doliera. Era sólo una sensación extraña.

-Al, date prisa -me llamó mamá.

Me puse el otro zapato a toda prisa y bajé a todo correr hasta el recibidor. Al atravesar la puerta de la cocina, tropecé.

Como era de esperar, Michelle no se lo perdió. Se rió con tantas ganas que casi se ahoga con su galleta.

Miré hacia atrás para ver con qué había tropezado, pero no había nada.

-Idiota -dijo Michelle riendo mientras se enjugaba las lágrimas de los ojos.

-Michelle, podría haberse hecho daño -la regañó mamá.

-Es verdad, Michelle -añadió papá-. Reírse no es de buena educación.

-Pero sus zapatos. ¡Miren los zapatos!

-Son los zapatos que llevo siempre -dije-. ¿Qué les pasa?

Papá soltó un bufido. Me di cuenta de que ahora estaba intentando aguantarse la risa.

-Oh, Dios mío -exclamó mamá-. Michelle tiene razón.

Me miré los zapatos y lancé un grito sofocado.

6

Tenía el zapato izquierdo en el pie derecho.

Y el zapato derecho lo tenía... bueno, supongo que el resto te lo puedes imaginar.

-No me extraña que tuviera una sensación extraña -murmuré. No podía creer que me hubiera puesto los zapatos cambiados de pie. Debo de estar muy cansado, pensé. Con la sensación de ser un estúpido, me quité los zapatos y me los puse en los pies correctos.

-¿Cuándo vas a aprender a vestirte, Al? -me pinchó Michelle.

-Vamos, Michelle -dijo papá-. Tu hermano lleva vistiéndose desde...

-Desde que tenía diez años -se mofó Michelle.

-Desde que tenía dos -dijo papá.

-Quizás Al tenga que hacer algún curso de verano, una clase para aprender a vestirse -sugirió Michelle, insistiendo en la cuestión.

-¿Ha aprendido Chester algún truco nuevo? -preguntó papá, cambiando de tema para que Michelle me dejara en paz. Michelle podía pasarse el día hablando de lo listo que era su gato.

Chester dormitaba junto a la estufa.

-Ven aquí, Chester -lo llamó Michelle-. Enséñale a papá cómo sumas. ¿Cuánto suman uno más uno?

Chester no se movió.

-Voy a agarrar una lata de comida para gatos -dijo papá-. Eso lo hará pensar.

Papá metió la lata en el abrelatas eléctrico.

-Vamos, Chester -dijo-. Salta sobre la palanca.

Chester no se movió.

-Es como si le pasara algo. -Michelle parecía preocupada.

-Probablemente no tiene hambre. -Papá intentó tranquilizarla.

Es posible que Chester no tuviera hambre. Pero yo sí la tenía. Tenía hambre y estaba llegando tarde.

Engullí un poco de harina de avena y una tostada. Después agarré la mochila y me dirigí hacia la puerta.

-Adiós -grité al salir.

Vivimos a dos manzanas del Colegio Shadyside. Corrí hasta allí y llegué antes de que sonara el timbre.

Una chica con el pelo rojo y rizado subía a toda prisa las escaleras de entrada delante de mí.

-¡Eh, Al! -grité.

Ella me miró por encima del hombro.

-¡Eh, Al! -me contestó.

Yo soy Albert, claro está, y ella se llama Alix. Pero nos gusta bromear, haciendo como si tuviéramos el mismo nombre. Este año vamos a ser compañeros en el concurso de ciencias.

-¿Sabes cuándo nació Louis Pasteur? -le pregunté.

-En 1822 -me contestó sin dudarlo-. ¿Sabes de qué elementos está compuesta el agua?

Dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

-De mantequilla y mermelada.

Ella se rió.

-¿Crees que ganaremos? -le pregunté-.

No lo tengo muy claro.

-¿Estás bromeando? -dijo Alix con una mueca-. Nosotros somos el equipo ganador. No te preocupes.

Corrimos por el pasillo juntos y llegamos a clase justo cuando sonaba el timbre.

-Vaya, Alvin. Casi llegas tarde -me susurró Eric Rice.

Le gusta llamarme Alvin porque cree que eso me molesta. Es un idiota. Pero también es el chico más duro de sexto. Y se sienta junto a mí. De modo que intento no meterme en líos con él.

-¿Quién sabe la lección? -preguntó la señorita Scott, nuestra profesora.

Todos los chicos levantaron la mano. Incluso Eric. Como si alguna vez hiciera los deberes.

Yo también la levanté. Después me di cuenta de que no podía recordar qué debía haber aprendido.

-¿Quién sabe cuál es la capital del Perú? -preguntó la señorita Scott, paseando la mirada por la clase.

Como siempre Sapo levantó su mano más arriba que nadie. Todos lo llamábamos Sapo, incluso los profesores. Pero nadie podía recordar el origen de su apodo. Estaba en uno de los equipos del concurso de ciencias contra el que competiríamos Alix y yo.

Una mosca se posó sobre mi mesa. Observé cómo se frotaba las patas delanteras sobre la cabeza una y otra vez.

-¿Qué me dices, Melanie? -preguntó la señorita Scott.

-Lima, ¿verdad? -respondió Melanie.

-¿Me lo preguntas o me lo dices? -replicó la señorita Scott.

-Bueno, lo cierto es que las dos cosas -admitió Melanie.

Seguro que para aquella mosca mi mesa era como un enorme desierto. Me gustaría haber tenido alguna migaja de pan para dársela.

-Bueno, tienes razón -dijo la señorita Scott-. La capital del Perú es Lima.

-Vaya, siempre tiene suerte -murmuró Eric.

¿Eh? Lo cierto es que no había estado prestando atención.

-¿Eric? -preguntó la señorita Scott-. ¿Quieres añadir algo?

-No, señorita Scott -respondió Eric.

-Bueno, quizá nos puedas decir cuál es la capital del Brasil -dijo la señorita Scott.

Hubo una pausa. Todos esperamos a que Eric dijera algo.

Miré por la ventana y vi que en el patio había unos chicos jugando a la pelota. A mí me encantaba jugar a la pelota.

-La capital del Brasil, Eric -repitió la señorita Scott.

-¿Ahora? -preguntó Eric-. ¿Quiere decir ahora mismo?

-Bueno, cuanto antes, Eric -dijo la señorita Scott-. Las clases se acaban en junio.

Toda la clase se rió. A excepción de Eric, claro está.

-Eric, la capital del Brasil, por favor. -Bien, vamos a ver -dijo Eric lentamente.

-Te has aprendido las capitales este fin de semana, ¿verdad?

-Sí, claro -dijo Eric-. ¿Podría repetirme el nombre del país, por favor?

Toda la clase se rió con ganas.

-Eric, si no has estudiado este fin de semana, hoy vas a tener que quedarte después de clase -dijo la señorita Scott.

-Tengo entrenamiento de béisbol -dijo Eric-. No puede obligarme a que me quede después de clase.

El béisbol también es un juego divertido, pensé. ¿Qué me gusta más, jugar a la pelota o

al béisbol?

-Los deberes están antes que el béisbol -afirmó la señorita Scott-. Ya sabes cuáles son las normas, Eric.

Alguien llamó a la puerta. El señor Emerson, el director, apareció en el umbral.

-Con su permiso -dijo la señorita Scott-. Vuelvo dentro de un minuto.

En cuanto la señorita Scott se reunió con el señor Emerson en el pasillo, Eric se volvió hacia mí.

-Bien, Al, ¿cuál es la respuesta? -preguntó con tono exigente.

-¿Qué? ¿La respuesta a qué?

-La capital del Brasil, imbécil -dijo Eric-. ¿No estabas escuchando?

-¿Crees que va a haber otra huelga de jugadores de béisbol? -le pregunté.

-Vamos, Sterner -dijo Eric en un susurro-. ¿Cuál es la capital del Brasil?

-Panchos -dije.

-Pero, ¿qué dices? -me dijo Eric en un tono intimidatorio.

-Estaba pensando que los panchos son más ricos en el campo de béisbol que en cualquier otro sitio. ¿Sabes por qué? -le pregunté.

-¡Dime la capital del Brasil, ahora! -dijo Eric. Noté que le palpitaba una venita en la frente.

-Ah, es Cleveland -susurré en el momento en que la señorita Scott volvía a entrar en el aula.

-¿Eric? -preguntó la señorita Scott-. ¿Cuál es la capital del Brasil?

-Cleveland -anunció Eric.

Toda la clase se rió a carcajadas. Incluso a la señorita Scott le costó mantenerse seria.

¿Cleveland?, pensé. ¿Por qué había dicho Cleveland?

-Eric -dijo la señorita Scott-. Más vale que vayas pensando en quedarte después de clase. Ya veo que hay mucho trabajo que hacer.

¿Cleveland no es la capital del Brasil? -preguntó Eric lentamente.

-Cleveland está en Ohio -respondió la señorita Scott-. Y ni siquiera es la capital de ese estado.

Sentí el aliento cálido de Eric contra mi oreja.

-Me las vas a pagar, Sterner -me susurró-. Me encargaré de ti.

7

En cuanto sonó el último timbre, salté de la silla y fui hacia la puerta a toda velocidad.

Sabía que la señorita Scott iba a hacer que Eric se quedara después de clase. Pero no iba a arriesgarme. Quería estar en casa -con la puerta cerrada- antes de que él saliera del edificio.

Corrí por el pasillo, atravesé la puerta y bajé las escaleras. Y después seguí corriendo.

Seguía oyendo la voz de Eric en mi cabeza. Me las vas a pagar, Sterner. Me encargaré de ti.

Y sabía que lo haría.

Durante la clase de matemáticas me había pasado una nota. Una nota en la que mencionaba huesos específicos de mi cuerpo y lo que pensaba hacerles.

Pensé en aquella nota y corrí más deprisa. Corrí tres manzanas. Cuatro. Cinco.

Me ardían los pulmones. Me dolían las piernas. Pero sabía que me sentiría mucho peor si Eric me atrapaba.

Recorrí otra manzana y me topé con un semáforo en rojo. Miré detrás de mí mientras esperaba a que la luz cambiase de color.

Todavía no se veía a Eric.

En cuanto la luz se puso verde atravesé la calle a toda prisa. Después me detuve.

Un momento. No hay ningún semáforo camino de mi casa.

Me di vuelta. Y no reconocí nada. Nada en absoluto.

Es imposible, pensé. He vivido en Shadyside toda la vida. Debería reconocer algo.

Miré el rótulo con el nombre de la calle. Fear Street.

Conocía ese nombre. Todo el mundo en Shadyside conocía Fear Street. Pero no recordaba haber estado antes en aquel lugar.

Pasé una casa tras otra. Algunas eran grandes y lujosas. Otras pequeñas y humildes. Pero ninguna de ellas me resultaba familiar.

Que no cunda el pánico, me ordené a mí mismo. No puedes estar a más de dos cuadras de tu casa.

Estudié ambas direcciones. ¿Cuál debía elegir? Si tomaba la dirección equivocada, quizá me topase con Eric.

Empecé a correr de nuevo. No sabía adónde me dirigía. Pero tenía la impresión de que lo más seguro era correr.

Cuatro cuadras. Cinco manzanas. Seis. Siete. Ocho. Corrí hasta que se acabaron las casas, hasta un callejón sin salida.

Podía darme vuelta. O entrar en las arboledas que flanquean Fear Street. Si volvía sobre mis pasos, quizá me encontrara a Eric, pensé.

De modo que escogí las arboledas. Allí no podría encontrarme nunca.

Corrí entre los árboles. Eran altos y estaban muy juntos. Apenas si se filtraba luz alguna entre sus tupidas ramas. Cuanto más me adentraba en el bosque, mayor era la oscuridad.

Y también se estaba haciendo tarde. Me di cuenta de que probablemente Eric ya habría salido de la escuela.

Oí un crujir de hojas de los árboles que estaban a mi espalda. ¡Oh, no!, pensé. Es Eric. Me ha encontrado. Soy hombre muerto.

Pasé a la carrera entre los árboles y mis pies resbalaron haciéndome perder el equilibrio.

Salí volando por el aire hasta un claro y *-chof-* aterricé con las rodillas en el agua. En un lago, el lago de Fear Street.

Tenía los zapatos empapados. Tenía los pies congelados.

Volví chapoteando hasta la orilla. Salí del agua a toda prisa. Tenía que seguir corriendo. Daba igual lo fríos que tuviera los pies. ¡Todo daba igual! Porque si Eric me atrapaba, iba a machacarme contra el suelo. Oí pasos.

Corrí cada vez más rápido, pero los pasos me estaban alcanzando. Forcé mis piernas tanto como pude. Los zapatos sonaban a mojado mientras corría.

Pero Eric era demasiado rápido.

Me tomó por los hombros desde atrás y me dio vuelta.

8

-Eh, ¿adónde vas?

No era Eric.

Era Colin.

-Colin, tienes que ayudarme -grité-. Estoy completamente perdido y tengo que llegar a casa antes de que me encuentre Eric.

Colin me miró con aire divertido.

-Casi se puede ver tu casa desde aquí. -Giró y me la indicó.

Tenía razón. Podía ver Village Road desde donde estábamos. Yo vivía en Village Road.

Me sentí como un idiota. ¿Cómo podía perderme prácticamente en mi jardín trasero?

-Gracias -le dije a Colin en voz baja-. ¿Y tú qué haces aquí?

-Vi que salías corriendo después de clase. He intentado alcanzarte, pero ibas demasiado deprisa. ¿No has oído cómo te llamaba?

-No. -Tuve que admitirlo. -Supongo que estaba concentrado en escapar, para que Eric no me encontrara.

Nos dirigimos a mi casa, sin hablar siquiera.

-¿Quieres entrar? -le pregunté cuando alcanzamos la puerta delantera.

-No puedo -dijo-. Tengo que ir a casa. Mi hermano y yo estamos grabando un vídeo musical con la cámara nueva de mi padre. Ya te veré mañana en clase. -Se fue camino de su casa.

-De acuerdo, adiós -le grité. Después me metí en casa, a salvo de Eric.

Me encontré a Michelle sentada a la mesa de la cocina. Tenía el libro de cálculo abierto delante de ella, pero no lo estaba leyendo. Estaba mirando al vacío.

-A Chester le ocurre algo -anunció Michelle-. No es el mismo. No se acuerda de cómo utilizar el abrelatas eléctrico. Y espera a que le encienda el televisor.

-¿Y qué? Quizá le ha entrado pereza -le dije.

-No, Al -me respondió-. No lo entiendes. Le ocurre algo malo de verdad. No sabe qué día de la semana es. Se le ha olvidado cómo señalar el tiempo. Ya ni siquiera puede contar -gimoteó-. Ayer le ocurrió algo. Lo sé. Estoy segura.

-¿Qué te hace pensar eso? -le pregunté.

-Pues que anteayer estaba bien -replicó.

Apuesto a que nadie de mi escuela –quizá nadie en todo el planeta- tiene una hermana que se preocupe tanto por su gato como ella.

Michelle volvió a quedarse con la mirada ausente. Intentando descubrir qué le pasaba a Chester.

-Eh, Gordi -grité-. Ya he llegado, Gordi. -Oí a Gordi correr por el pasillo y entrar en el salón.

-Gordi, estoy aquí. En la cocina -lo llamé.

Gordi ladró.

-¡Ven, Gordi!

Gordi volvió a ladrar.

-Tu perro es tan estúpido que ni siquiera puede ir del salón a la cocina sin perderse -dijo Michelle.

-Claro que puede. -Agarré su tazón, le puse algo de comida y lo agité.

Gordi entró en la cocina sin perder tiempo.

-¿Ves? -dije.

-Vaya qué increíble. Puede encontrar su tazón de comida. Incluso un pececito con un cerebro minúsculo puede encontrar su comida -dijo Michelle con tono burlón.

-Vamos, Gordi. No tenemos por qué aguantar esto. Vamos afuera. -Me dirigí hacia la puerta corrediza y me di de narices contra el cristal.

Gordi se pegó contra la puerta justo a mi lado.

Espero que Michelle no lo haya visto, pensé.

-Vaya, Al -dijo Michelle.

Lo había visto.

-Sólo una sugerencia. Quizá sea mejor que la próxima vez intentes abrir la puerta.

-Ja, ja -murmuré.

-Te estás volviendo tan tonto como Chester -exclamó-. Rápido, Al, ¿cuánto suman uno más uno?

No me molesté en responder. Abrí la puerta y tiré de Gordi para sacarlo al jardín

conmigo. Me dejé caer sobre la hierba. Gordi se dejó caer junto a mí.

Algo que dijo acerca de su gato me preocupaba. Había encendido una lucecita en mi cerebro. Era algo que tenía que desentrañar, pero aún no lo veía claro.

Chester se estaba volviendo tonto. ¿Era eso lo que había dicho? No, había dicho que yo me estaba volviendo tan tonto como Chester. ¿Nos estábamos volviendo Chester y yo tontos a la vez?

Algo no encajaba. Era como un rompecabezas pero no podía encontrar la siguiente pieza. A Chester le había ocurrido algo el día anterior. ¿No era eso lo que había dicho Michelle?

Mi cumpleaños había sido ayer. ¿No? ¿Qué había ocurrido en mi cumpleaños? ¿La ópera? No, aquello no había sido el día anterior. Mi cumpleaños había sido dos días atrás. ¿No? Algo había ocurrido después de mi cumpleaños.

¿Ayer? Recordé 'que había olido algo horrible: las magdalenas de Michelle. ¡Eso debía de ser!

Las magdalenas de Michelle eran tan malas que le habían hecho algo a mi cerebro.

Pero, un momento. No había comido ninguna magdalena. El que se comió una magdalena fue Colin. Y él no era más tonto que ayer. O al menos no me pareció.

Concéntrate, me dije. Concéntrate.

Colin había dicho que las magdalenas apestaban. No, eso no era lo que había dicho. Quería hacer una bomba de olor.

¿Me había vuelto tonto la bomba de olor? ¿Cómo? Si ni siquiera explotó. Fue un completo desastre. Lo único que conseguimos fue un extraño cieno anaranjado.

Con tanto pensar empezaba a dolerme la cabeza. Me sentí como si el cerebro se me estuviera convirtiendo en fango.

Fango.

Fango anaranjado.

Lo que había tenido pegado a las manos.

Lo que Chester había tenido pegado a su pata.

Un momento. Eso es, Chester y yo nos estábamos volviendo tontos a la vez. El había tocado el fango y ahora no podía contar. Yo había tocado el fango y ahora creía que Cleveland estaba en el Brasil.

El fango nos estaba volviendo estúpidos.

Decidí que tenía que hablar con Colin. Tenía que decírselo. Parecía tener sentido, pero no estaba seguro.

Volví a entrar, esta vez sin darme contra el cristal. Corrí hasta la habitación de mis padres para utilizar el teléfono desde allí. No quería que Michelle oyera la conversación.

Tuve que intentarlo tres veces hasta dar con el número correcto de Colin.

-Es el fango -dije cuando contestó.

-¿Qué? -preguntó Colin.

-El fango -repetí. ¿Por qué no podía entenderme?

-El fango me está volviendo estúpido.

-Vaya -exclamó Colin-. ¿Quién lo dice? Tú no eres estúpido.

-Sí lo soy. Soy estúpido. Creo.

-Bueno, ahora sí lo pareces de verdad -dijo Colin.

-¿Sí? -Lo cierto es que me sentí aliviado. Al menos había acertado en algo.

-Escucha -le dije Colin-. Chester pisó el fango con una pata. Y yo lo toqué con la mano.
-¿Y bien? -me preguntó Colin.

-Pues que ahora Chester es tan tonto como Gordi. Y yo me he perdido volviendo de la escuela. Y he chocado contra una puerta de cristal. Y ni siquiera puedo recordar tu número de teléfono. Soy estúpido, Colin. ¡Soy estúpido! Chester y yo nos estamos volviendo tontos a la vez. Y es por culpa del fango.

-¿Cómo iba a hacer una sustancia anaranjada semejante cosa? -me preguntó Colin.

-No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Me estoy volviendo estúpido.

-Bueno, bueno. -Colin intentó calmarme. -Tengo una idea. Baja al sótano y mira en el interior de la heladera. Mira el fango. Verás. El fango es sólo... fango. No puede hacerte nada.

-¿Y si pudiera? -le pregunté-. Y si... -Tú hazlo -me dijo Colin.

Colgué y me dirigí hacia el sótano. Colin tenía razón. Tenía que echarle un vistazo al fango. Ver si no era más que una sustancia inocua. Era la única forma de conseguir sentirme mejor.

Abrí la puerta del sótano y bajé las escaleras lentamente. Vi la heladera portátil debajo de la mesa, justo donde la había dejado.

Levanté la tapa de la caja un par de centímetros y contuve la respiración.

Había una enorme masa de fango encima de las toallas de papel.

Era como si todas las bolitas que había limpiado se hubieran juntado. Se hubieran unido en una enorme masa de fango.

Y ahora resplandecía.

Abrí la tapa un poco más y vi que aquel grumo tenía venas. ¡Venas! Venas que palpitaban y resplandecían.

Empecé a cerrar la tapa cuando la masa de fango comenzó a burbujear. Una burbujita rompió la superficie y explotó. Después otra. Y otra.

Burbuja. Explosión. Burbuja. Explosión.

Cada vez subían a la superficie más burbujas minúsculas para a continuación explotar.

Después, sin previo aviso, una enorme burbuja subió hasta la superficie. Levantó la tapa de la heladera hasta abrirla por completo.

Di un salto hacia atrás, alejándome de la burbuja que cada vez era mayor. Pero ya era demasiado tarde.

9

Blop!

La burbuja gigante explotó.

Un enorme grumo de fango me dio en toda la cara.

Me resbaló por los ojos, la nariz, las mejillas. Se me quedó colgando de la barbilla en una masa pegajosa.

-Oh, no -gemí. Ahora sí que iba a volverme estúpido del todo.

Tenía que limpiarme toda aquella porquería cuanto antes. Antes de convertirme en un idiota integral.

Me arrastré hasta el armario que había debajo de la pileta. Ya no quedaban toallas de papel. Las habíamos usado todas el día anterior.

Me quité la camiseta de un tirón y empecé a frotarme la cara con ella.

Ahora el fango estaba aumentando de temperatura. Era cada vez más caliente y más pegajoso. No podía quitármelo.

Froté una y otra vez, apretando los labios con todas mis fuerzas. Quién sabe qué podía pasar si tragaba esa sustancia. Desde luego no lo sabía ni quería averiguarlo.

Sentía que el rostro me hormigueaba y me ardía a medida que iba frotándolo. Pero continué frotando con furia hasta que conseguí quitarme aquello por completo.

Metí la camiseta en la heladera y cerré la tapa de un golpe. Después subí a toda prisa las escaleras del sótano y atravesé el pasillo hasta llegar al cuarto de baño que compartía con Michelle. Tenía que mirarme al espejo para asegurarme de que no quedaba ni una sola gota.

Cerré la puerta del baño tras de mí. Después me acerqué al espejo todo lo que pude.

Buscando el más mínimo rastro de pulpa anaranjada.

No vi nada. Ni una gota. Pero, ¿y si me había entrado algo en un oído, muy adentro, donde no pudiera verlo?

Me imaginé aquella sustancia fangosa deslizándose a través de mi oído hasta llegar a mi cerebro. Estaba perdido.

Me di cuenta de que tenía que decírselo a papá y mamá. Era un problema grave.

Sabía que se enfadarían. No quería ni pensar en lo que me harían. Probablemente me castigarían hasta que acabase la universidad, si es que llegaba a ir a la universidad. Es posible que fuera demasiado estúpido para eso.

No tenía elección. Tenía que decírselo. Necesitaba su ayuda. Eran inteligentes. Eran investigadores. Quizá pudieran averiguar cómo salvarme de toda una vida de estupidez.

El estómago me daba saltos mientras me dirigía hacia el salón a hablar con mis padres. Ambos estaban sentados en el sofá, leyendo revistas científicas.

Respiré hondo.

-Mamá, papá, tengo que hablar con ustedes -dije. La voz sólo me tembló ligeramente.

-¿Qué te pasa, querido? -me preguntó mamá-. Pareces inquieto.

-Se trata del fango -empecé-. Chester y yo lo tocamos. Y por eso...

Papá dejó su ejemplar de *Biología Actual.*

-¿Fango? -preguntó-. ¿Qué quieres decir con fango?

-Chester lo pisó -dije-. También se cayó un poco sobre la mesa del sótano. Y por eso lo toqué.

Papá y mamá se miraron. Era evidente que no sabían de qué hablaba.

Sabía que no estaba explicando las cosas como era debido. Pero yo también estaba confundido. Cada vez me era más difícil mantener las ideas claras.

-¿De dónde ha salido ese fango? -preguntó mamá.

Vacilé. Díselo, me ordené a mí mismo. Tienes que decírselo. Son los únicos que pueden ayudarte.

Abrí la boca para responder y en ese momento sonó el timbre.

-Voy yo -gritó Michelle desde la cocina. Empecé a hablar de nuevo, pero Michelle lanzó un grito agudo.

Mamá dio un salto.

-¿Qué ocurre? -gritó-. ¿Qué pasa? Michelle entró en el salón casi saltando.

-Es una carta certificada del Instituto Tecnológico de Eastland.

Ni siquiera tuve que preguntar de qué se trataba. Todos los años el Instituto Eastland celebra un concurso para estudiantes de enseñanza secundaria de todo el país. Para participar tienes que ser todo un cerebro. Y, claro, Michelle había participado.

Abrió la carta rasgándola. Papá y mamá se colocaron tras ella. Leyendo por encima de su hombro.

-¡Has ganado, querida! -exclamó mi madre-. ¡Has ganado!

-El primer premio -graznó papá-. ¡Qué orgullosos estamos de ti!

-Mamá. Papá -rogué-. Tengo que hablar con ustedes acerca del fango. ¡Ahora mismo!

-¿No vas a felicitar a tu hermana? -me preguntó mamá mientras releía la carta de Michelle.

-Felicidades -murmuré. Michelle no se molestó en contestarme.

-Estoy intentando decirles algo importante -insistí-. Tienen que escucharme. El fango es la causa de que Chester y yo nos hayamos estado comportando de un modo tan extraño.

-¿Sabes lo que creo? -me preguntó papá. ¡Bien! Pensé. Papá me va a ayudar.

-¿Qué, querido? -preguntó mamá.

-Creo que deberíamos celebrarlo -anunció papá-. Vamos a algún sitio lujoso a cenar. Es una gran noche para Michelle.

Muchas gracias, papá, pensé.

Me dirigí a mamá y le tiré del brazo.

Librodot

-Se trata de una cuestión de vida o muerte
-grité-. He estado utilizando el juego de química y...
Giraron hacia mí.
-¿Has estado utilizando el juego de química? -preguntó mamá con dureza.
-¿Antes de que Michelle te enseñara a tomar precauciones? -añadió papá.
Asentí lentamente.
-Y ahora el fango está en la heladera y... Mamá giró hacia papá.
-No vamos a aguarle la fiesta a la pobre Michelle -dijo.

-Ya hablaremos de esto mañana -me dijo papá.
-Pero para entonces podría haberme vuelto mucho más tonto -protesté.
-¿Más tonto? ¿Podrías hacer una tontería mayor que utilizar el juego de química sin permiso? Me parece que no -intervino mamá.
-Ponte el abrigo, Michelle -dijo papá-. Al, ya hablaremos de esto mañana.
Suspiré.
Bueno, quizá la cena en un restaurante me haría olvidar el fango. Después de todo, comer era algo que todavía sabía cómo hacer.
-Ahora vuelvo -dije-. He dejado el abrigo en la habitación.
-Al -gritó papá a mi espalda-. El concurso de ciencias es pasado mañana.
-Sí, papá -dije apesadumbrado.
-¿Sabes cómo ganó Michelle sus concursos de ciencias? -me preguntó papá-. Trabajando muy duro. Sacrificándose.
Michelle volvió con el abrigo y se quedó junto a papá. Mirándome con una mueca burlona. Estaba disfrutando de cada segundo de aquella situación.
-Quizá deberías quedarte en casa -continuó papá-. Tendrás toda la casa para ti solo, la situación perfecta para una buena sesión de estudio.
-Pero tengo que comer, ¿no? -pregunté.

-Puedes calentar algo en el microondas - dijo mamá.
-Pero, mamá... -Me callé y meneé la cabeza. Nada de lo que dijera les haría cambiar de opinión. Era evidente.
-Que les vaya bien -murmuré mientras salían por la puerta en tropel.
Me senté en el sofá.
¿Y ahora qué podía hacer? Estaba bien claro que mis padres no iban a ayudarme.
Chester entró en el salón. Se subió de un salto a mi regazo y empezó a ronronear. Ahora que era estúpido le caía mucho mejor.
Le rasqué bajo la barbilla.
-¿Qué vamos a hacer? ¿Eh, Chester? Supongo que tú tampoco lo sabes.
Gordi entró corriendo en la habitación y saltó sobre el sofá para ponerse a mi lado.
-Ya sé que tú no tienes ni idea, Gordi.
Suspiré con los ojos cerrados. Me imaginé el cerebro lleno de fango anaranjado.
-¡Aghhhh! -grité-. Chester saltó de mi regazo. Gordi se limitó a mover el rabo.
Tengo que detener el fango. No puedo quedarme aquí sentado toda la noche volviéndome cada vez más tonto.
¡Ya sé! Me levanté del sofá de un salto. Voy a leer el manual que venía con el juego de química. Quizá tenga alguna respuesta.
Lo cierto es que no quería volver a bajar al sótano, al menos no a solas. De modo que hice que Gordi me acompañara. Ni siquiera miré hacia la heladera. Me limité a sacar el manual de la caja y subí las escaleras a toda prisa.
Corrí hasta mi habitación y cerré la puerta. Después me senté a la mesa y encendí la lámpara. Gordi se dejó caer a mis pies.
Se puede hacer, me dije. Abrí el manual por la primera página.
-¡Oh, no! -gemí. Las palabras eran dificilísimas. Compuestos. Elementos. Neutralizar.

¿Cómo iba a entender palabras tan complicadas?

La señorita Scott me diría que las, buscase en el diccionario. Siempre nos estaba haciendo consultar palabras.

Saqué el diccionario de la estantería y pasé las hojas hasta las palabras que empezaban con C.

Recorrí cada página con el dedo.

-Com -murmuré-. Compu. Compuesto. Lo encontré.

-Compuesto: agregado de varias cosas que componen un todo.

-¿Qué significa eso? -grité. Bueno. Bueno. No te desesperes, me dije. Empieza por una palabra más sencilla.

Pasé hasta las palabras que empezaban con P.

-Parte ¯murmuré-. Parte, parte, parte.

Aquí está.

-Porción indeterminada de un todo.

Cerré el diccionario de golpe y dejé caer la cabeza sobre la mesa.

-Es inútil -grité-. Soy estúpido. Soy demasiado estúpido.

Entonces se me pasó por la cabeza algo terrible.

¿Hasta qué punto sería estúpido mañana?

10

A la mañana siguiente no tuve por qué preguntarme a qué se debía la sensación tan extraña que tenía. Ya sabía qué era lo que andaba mal. Sabía que era más tonto. Pero eso era casi lo único que sabía.

Supuse que si me tomaba las cosas con tranquilidad -y no decía gran cosa- podría pasar el día sin meter la pata demasiado. Me las arreglé para ponerme los vaqueros, una camiseta y las medias. Después vino la parte más difícil. Los zapatos.

Tomé un zapato, lo puse boca abajo y lo observé. Después me fijé en el pie. ¡Encajaban!

Me puse el zapato. Me sentía cómodo.

Ni siquiera tuve que pensar en el otro. Me lo puse en el otro pie y listo.

Lo estás haciendo bien, me dije. Muy bien.

Ahora tenía que lavarme los dientes y peinarme. Fui al baño.

Sólo necesitaba tres cosas: un peine, un cepillo de dientes y pasta de dientes. Sencillo, ¿verdad?

Bueno, más o menos. No me llevó mucho tiempo quitarme la pasta de dientes del pelo.

Lavé la pasta de dientes que quedaba en el peine, puse un poco sobre el cepillo de dientes y me lavé los dientes.

Ni siquiera me molesté en desayunar. Quería algo más de tiempo, por si me perdía al ir a la escuela.

Al pasar a su lado, mamá me dio un recipiente de plástico con el almuerzo.

-Tu padre y yo estuvimos hablando ayer por la noche sobre ti y el juego de química -dijo.

Fantástico, pensé. Como si no tuviera bastante en qué pensar; sólo faltaba que mamá me diera un sermón.

-Fue muy irresponsable por tu parte utilizar el juego de química sin que tu hermana te explicase las medidas de seguridad -me dijo-. Pero ya sabemos que últimamente te has estado preparando a fondo para el concurso de ciencias. De modo que, por esta vez, hemos decidido dejarlo pasar.

Vaya. No había sido tan malo después de todo.

-Gracias, mamá -le dije. Después me dirigí a la puerta. Concentrándome en cada paso que daba, conseguí llegar al colegio antes de que sonara el timbre de entrada.

-Eh, cerebrito -me gritó alguien.

Giré y vi a Eric apoyado en el gran roble que había delante del colegio.

-Oh -gemí. Me había olvidado de Eric.

-Tuviste suerte de que no te encontrara ayer después de clase -gruñó.

-Sí -murmuré. Y seguí andando.

Eric dio un rodeo en torno de mí hasta interponerse en mi camino. Me puso un trozo de papel en la mano.

-¿Qué es esto? -le pregunté.

-Mis deberes de matemáticas -dijo-. Tengo que entregarlos esta tarde.

-¿Quieres que te ayude? -pregunté.

-No -canturreó Eric-. Quiero que me los hagas. Y quiero que estén hechos para la hora de comer. -Después subió pavoneándose por las escaleras del colegio.

Bajé la vista hacia el papel.

-Y haz algo por ti, Sterner -me gritó dándose vuelta.

-¿Qué?

-Que no haya errores -se mofó-. No se te ocurra hacer nada raro como ayer. Es tu última oportunidad.

Volví a mirar el papel. Sentí que la cabeza empezaba a dolerme.

Números.

Montones de números.

Era de esperar, tratándose de matemáticas.

Pero el papel también tenía montones de pequeños símbolos. Tenían un aspecto familiar. Pero no conseguía encontrarles sentido alguno.

Tenía que encontrar a Colin a toda prisa. El sabía qué pasaba. El me ayudaría.

Subí a toda prisa las escaleras de entrada, atravesé la puerta de doble hoja y corrí por el pasillo. Si llegaba a la clase de la señorita Scott antes de que sonara el timbre, se lo podría explicar todo a Colin. Y él me haría aquellos deberes. Sabía que lo haría.

-¿Estás preparado para mañana? -me dijo alguien. Alix pasó trotando a mi lado con una enorme sonrisa en el rostro.

-¿Mañana? -le pregunté-. ¿Qué pasa mañana?

-Como si no lo supieras -me dijo en tono de burla-. Seguro que has estado estudiando para el concurso de ciencias sin parar. Admítelo, Al. No quieres que la gente vaya diciendo por ahí que tu hermana es más lista que tú.

-Supongo que no -murmuré-. Supongo que no.

El timbre sonó en cuanto entramos por la puerta. La señorita Scott empezó la clase de inmediato.

No tuve tiempo de hablar con Colin.¿Y ahora qué iba a hacer?

Eric quería sus deberes de matemáticas para la hora de comer. Y yo no iba a poder hablar antes con Colin.

Tendré que intentarlo por mí mismo, pensé. Me quedé mirando los deberes. Concentrándome con todas mis fuerzas.

¿Qué significaba esa crucecita? ¿Y qué era esa línea con un punto arriba y otro abajo?

Podía sentir el aliento cálido de Eric en la nuca. No lo conseguiré. Nunca. Me va a matar.

Las horas que quedaban hasta la comida pasaron rápidamente. Apenas si podía creerlo cuando sonó el timbre.

-Te espero junto a la puerta para que me des los deberes, cerebrito -gruñó Eric.

Metí los libros en la mochila con cuidado. Recogí todos mis bolígrafos y los até con una goma elástica. Organicé mis lápices y después limpié la pelusita de color rosa que tenía mi

goma de borrar.

¿Hasta cuándo me esperaría Eric? ¿Se cansaría y se iría a comer? ¿O me esperaría en la puerta hasta que llegara?

-Al -me dijo la señorita Scott-. ¿No tienes hambre?

Eché un vistazo a la habitación. Todos los demás niños se habían ido.

-Lo cierto es que no -dije-. ¿Sabe dónde está el trapo? Querría limpiar mi mesa.

-Más tarde, Al -dijo la señorita Scott-. Ahora vete a comer, aunque no tengas hambre. Es una orden. Vete a comer.

Cuando me levanté, empezaron a temblarme las piernas. Pero no tenía elección. Tenía que caminar hasta la puerta.

-Dámelo -ladró Eric en cuanto salí al pasillo.

-No lo he hecho -tartamudeé-. No he podido.

-Respuesta equivocada, Alvin. -Antes de que pudiera decir otra palabra, se lanzó hacia mí.

Me agarró por la parte de atrás de la camiseta, pero me solté. Salí corriendo hacia la cafetería. Cuando llegué a las puertas de doble hoja, giré a la derecha y me metí por otro pasillo.

Un grupo de alumnos de quinto bajaban por las escaleras. Me abrí paso entre ellos a empujones, subiendo dos o tres peldaños en cada zancada.

-Oye, usa las otras escaleras -me gritó uno de los chicos.

-¿No sabes que esta escalera es para bajar? -me gritó otro chico-. ¿Qué pasa? ¿Eres idiota?

No me molesté en contestar.

Me abrí camino entre ellos hasta el siguiente piso.

Miré por encima del hombro. Eric estaba al fondo de las escaleras, intentando abrirse paso.

-¡Voy a atraparte, Sterner! -gritó.

Crucé el pasillo a toda prisa hasta llegar a otras escaleras. Eran las escaleras de subida, pero bajé por ellas tan rápido como me fue posible. Antes de que alguien pudiera detenerme, salí de la escuela a toda velocidad.

No dejé de correr hasta llegar a casa. Papá y mamá estaban trabajando. Michelle seguía en el instituto.

¿Qué voy a hacer?, pensé. ¿Qué voy a hacer? Tengo que pensar en algo.

Pero me di cuenta de que no podía. Ni siquiera podía resolver un simple problema de matemáticas. ¿Cómo iba a saber qué hacer acerca del fango, un problema mucho, muchísimo mayor?

No lo conseguiría.

Era demasiado estúpido.

Y me estaba volviendo más estúpido a cada segundo que pasaba.

11

-¡Al! ¡Despierta! -me llamó papá-. Hoy es el concurso de ciencias.

No quería despertarme. No quería ir al colegio. Y desde luego no quería participar en el concurso de ciencias.

Me puse boca abajo y metí la cabeza debajo de la almohada.

Oí que papá abría la puerta.

-Al, ponte en marcha. ¿Sabes qué hora es?

Abrí los ojos y me quedé mirando al despertador. La aguja pequeña estaba en el siete y la grande en el dos.

Pero, ¿qué significaba eso?

No podía acordarme de cómo leer la hora.

Me incorporé, me froté los ojos y me quedé mirando de nuevo el reloj. Seguía sin tener ni idea de qué decía. ¿Cómo podía olvidarme de algo que me habían enseñado en el jardín de infantes? ¡Nunca había sido tan tonto!

Papá caminó hacia mí y se sentó a mi lado.

-Más vale que te des prisa, Al. Tienes que ser puntual si quieres sobresalir en el concurso de ciencias esta tarde.

-Pero, papá, lo cierto es que no me siento... -empecé.

Pero no estaba escuchándome.

-Lo que necesitas es un buen desayuno. Eso es muy importante. Y tienes que encontrar unos minutos antes del concurso de ciencias para darte ánimos mentalmente -me aconsejó papá.

-Mmm -mascullé.

-Sé que lo harás de maravilla. Igual que tu hermana. -Papá me dio una palmada en la espalda y salió de la habitación.

Creía que todo iba bien cuando podía vestirme, lavarme los dientes y peinarme sin cometer errores. Pero ahora iba a hacerme falta mucho más que eso para dejar contento a papá.

Entré en la cocina y me dejé caer en la silla.

Michelle me recibió con su horrible sonrisa.

-¿Preparado para el gran día'? -gorjeó.

Me limité a gruñir. ¿Qué podía decir?

Mi madre me puso delante un plato de huevos revueltos con tocino.

-Las proteínas son buenas para el cerebro -dijo.

Sabía que iba a necesitar mucho más que proteínas para sortear el concurso de ciencias sin que toda la escuela se riera de mí. Iba a necesitar un milagro.

-Déjame que te haga algunas preguntas - me sugirió Michelle. Tomó mi libro de *Enigmas Científicos.*

-Antes me gustaría comer -protesté.

-Estoy intentando hacer que tengas confianza en ti mismo -dijo Michelle poniendo mala cara-. Así es como he ganado todos los concursos de ciencias en que he participado.

Michelle hojeó el libro.

-Vamos a empezar por una sencilla. Una pregunta de astronomía. ¿Cuál fue él asombroso descubrimiento de Galileo?

No tenía ni idea.

Me metí un buen bocado de huevos revueltos en la boca, confiando en que hallaría una respuesta antes de tragar.

No fue así.

-Vamos, Al -me instó papá-. Respóndele.

-Tengo hambre -me quejé-. No quiero que me hagan preguntas ahora.

-Sólo intentaba ayudarte -lloriqueó Michelle.

Mamá me pasó la mano por el pelo. Odio que haga eso. Hace que me sienta como un bebé.

-Probablemente está nervioso. Después de todo es su primer concurso de ciencias.

-Te daré una pista -dijo papá-. Tiene que ver con lo que me despierta cada mañana.

Extendí mermelada sobre mi tostada y le di un buen mordisco. Piensa, me decía a mí mismo cada vez que masticaba. Piensa, piensa, piensa. ¿Qué despierta a papá cada mañana? El despertador. ¿Qué puede tener eso que ver con Galileo?

-Ahora te voy a dar una pista yo -se ofreció Michelle-. No tiene que ver con lo que sale cada noche.

La pista de Michelle no hizo sino dejarme más confundido. ¿Por qué no me dejaban en paz?

-Puedes hacerlo, hijo -dijo papá.

Intenté sonreírle. Pero no tenía ni idea de cuál era la respuesta. Galileo. Galileo. Sonaba como el nombre de una de las Tortugas Ninja.

-El Sol está hoy de lo más brillante -dijo Michelle-. Me encanta el Sol. ¿Y a ti, Al?

Me bebí todo el vaso de jugo de naranja sin respirar. Pero cuando lo dejé sobre la mesa, mamá, papá y Michelle estaban mirándome. Esperando una respuesta.

Michelle movió negativamente la cabeza con desprecio y me lanzó el libro de *Enigmas Científicos.*

-El asombroso descubrimiento de Galileo fue que la Tierra giraba en torno del Sol –dijo pronunciando cada palabra lenta y claramente.

Hice como que no la oía. Hice como que leía el libro de *Enigmas Científicos* para que mi familia me dejara en paz. Pero sólo podía entender un par de palabras de cada página.

-Quieres que papá y mamá se sientan orgullosos de ti, ¿verdad? -me preguntó Michelle. Nunca se da por vencida. -Y no te olvides del señor Gosling. También quieres que esté orgulloso de ti, ¿verdad?

El señor Gosling era mi profesor de ciencias. Sentí que la cabeza empezaba a zumbarme. Lo que acababa de decir Michelle me hizo pensar en algo. En algo importante. ¿Pero en qué?

El señor Gosling, pensé. Algo acerca del señor Gosling.

¿Qué sé sobre él? No mucho. Es listo. Eso sí lo sé, pensé.

Eso es. Es listo. No es cada vez más estúpido. ¡Si le muestro el fango, quizá pueda ayudarme!

Acabé el resto de mi desayuno tan aprisa como pude. Introduje el plato y el vaso de jugo de naranja en el lavavajillas, pero me metí la cuchara en el bolsillo.

Localicé sobre la mesada el recipiente de plástico en el que mamá guardaba los cupones de descuento. Perfecto. Cuando nadie miraba, vacié los cupones en un cajón y me metí el recipiente bajo la camiseta.

-Ahora vuelvo -dije-. Me he dejado el cuaderno en el sótano.

La heladera seguía debajo de la mesa, justo donde la había dejado. Abrí la tapa. Sólo una rendija. No quería que el fango me salpicara como el día anterior. Tenía que procurar al menos no aumentar mi grado de estupidez.

Miré por la rendija de la heladera. ¡Vaya! El fango había aumentado de tamaño. Y tenía más venas. Muchas más venas palpitantes.

El corazón me latía con fuerza mientras miraba aquella masa asquerosa.

Empecé a meter la cuchara, pero el fango se alejó de ella repentinamente. Se alejó de la cuchara antes de que llegara a tocarlo.

Cerré la tapa y, asustado, di un salto hacia atrás.

Esa masa era asquerosa y horripilante. De lo más horripilante.

Empezaron a temblarme las manos a medida que iba acercándome poco a poco a la heladera. No pienses en ello, me dije. Basta con que agarres un poco. Todo lo que necesitas es agarrar un poco con la cuchara.

Volví a abrir la tapa; metí la cuchara en la masa temblorosa y dejé caer un grumo en el recipiente de plástico.

Puse la tapa otra vez en su sitio y me aseguré de que estaba bien cerrada. Después subí disimuladamente con el fango al piso de arriba y lo metí en la mochila.

-Deséame suerte -dije mientras me ponía la mochila.

-Buena suerte -dijo Michelle riéndose-. Vas a necesitarla.

Mamá me dio un abrazo y el recipiente de plástico con un sándwich adentro.

-Buena suerte, Al.

Papá me dio la mano.

-Estaremos entre el público animándote -dijo.

Asentí. Y de camino al colegio, intenté no pensar en mis padres... mirándome aterrorizados... mientras contestaba mal una pregunta tras otra en el concurso de ciencias.

Alix y Colin me estaban esperando en las escaleras de entrada al colegio.

-¿Estás preparado para el gran día? -me preguntó Alix.

-He estudiado bastante -dije. Y era cierto. Y era mejor que decirle a Alix que ahora tenía a un idiota por compañero en el concurso de ciencias.

-Yo apuesto por ustedes dos -nos dijo Colin mientras nos dirigíamos hacia la clase de la señorita Scott.

Eric ya estaba allí cuando atravesamos la puerta. Y no hacía buena cara.

Deslicé con cuidado la mochila debajo de mi silla e hice como que no lo veía.

-Me pusieron una mala nota en los deberes de matemáticas -me dijo Eric-. ¿Sabes qué significa eso?

Me encogí de hombros.

Me dio un codazo en la espalda.

-Eso significa que me tuve que quedar después de clase otra vez. ¿Y sabes qué significa eso?

Negué con la cabeza. ¿Por qué me estaba haciendo tantas preguntas?

Me volvió a dar un codazo en la espalda.

-Eso significa que me perdí otra vez el entrenamiento de béisbol. Nadie me hace perder un entrenamiento así como así, Sterner. Nadie.

Codazo. Codazo. Codazo.

-No supe resolver los problemas -dejé escapar impulsivamente-. No soy lo bastante listo.

-Ah, claro. Eso es. -Eric volvió a la carga.

-Me las pagarás, cerebrito. Puedes contar con ello.

Te equivocas, Eric, pensé. Ya no sé contar.

Eric habría seguido indefinidamente, pero la señorita Scott entró en el aula. Se detuvo junto a mi mesa.

-¿Te encuentras mejor hoy, Al?

¿Eh? ¿Por qué me preguntaba aquello? No sabía lo del fango, ¿verdad?

-Ayer te fuiste del colegio -me recordó al ver que no contestaba-. Espero que te sientas lo bastante bien para el concurso de ciencias de esta tarde.

Sí, claro, pensé. Ayer me fui a casa temprano.

-Estoy bien -murmuré.

La señorita Scott se dirigió a su mesa.

-No vas a estar tan bien cuando suene el timbre de la comida -me susurró Eric-. Cuando te atrape vas a ser hombre muerto.

No me molesté en intentar seguir la lección de ciencias sociales de la señorita Scott. Ni la posterior lección de gramática. Me limité a mantener los ojos fijos en la mesa y a confiar en que no me preguntara nada.

Eric no dejó que me olvidara ni durante un segundo que iba a vengarse. Dejó caer su lápiz junto a mi mesa y murmuró "muerto" al agacharse a levantarlo. Me lanzó una notita por encima del hombro en la que ponía "muerto del todo".

La mañana iba pasando lentamente. Pero finalmente ya casi era la hora de comer.

Al menos eso creía. Tanto la aguja larga como la corta apuntaban directamente hacia arriba.

-¿Quién me puede decir cuál es el objeto directo de esta frase? -La señorita Scott señaló

la pizarra.

No la mires. No muevas ni un músculo, me dije.

-¿Al? -me llamó la señorita Scott.

-¿Al? -volvió a decir la señorita Scott-. ¿El objeto directo?

Eric se rió a escondidas. Sentí que me empezaban a sudar las manos. La garganta se me puso rígida.

Entonces se oyó el chisporroteo de los altavoces.

-Los participantes del concurso de ciencias de esta tarde deben reunirse en la biblioteca -dijo el secretario del colegio-. Al señor Emerson le gustaría tener una breve charla con ustedes.

¡Salvado! Al menos por el momento. Agarré la mochila y salí a toda prisa del aula junto a Alix y Sapo.

Los otros chicos del concurso de ciencias -Melanie, Tanya y Geoff- se reunieron con nosotros en el pasillo.

El señor Emerson sólo nos tuvo en la biblioteca durante unos minutos. Nos recordó las reglas del concurso de ciencias y nos dijo que ya éramos ganadores simplemente por competir.

Dígales eso a mis padres, pensé. O a Michelle.

Los seis entramos en tropel en la cafetería.

-Vamos a sentarnos a la misma mesa -sugirió Alix. Por lo general no nos sentábamos juntos, pero hoy parecía que todos queríamos.

Desde luego yo quería. Ni siquiera Eric se atrevería a sacarme a rastras de entre otros cinco chicos. Al menos esperaba que no lo hiciera.

-Estoy demasiado nerviosa para comer -dijo Tanya mientras se sentaba junto a mí.

¿Qué razones tenía para estar nerviosa?, pensé. No tiene el cerebro convertido en fango.

-Yo no -intervino Alix-. Al y yo estamos preparados. Más vale que tengan cuidado.

Sí, claro. Pobre Alix. No había tenido suerte con su compañero. Pobre Alix.

Saqué mi comida y abrí el recipiente de plástico.

-Es imposible que ganen -contestó Geoff-. Sapo y yo hemos tenido un maratón de estudio de tres días. Viernes, sábado y domingo. Durmió en mi casa y nos estuvimos haciendo preguntas sin parar.

-¿Qué es eso? -me preguntó Sapo.

-¿Qué? -pregunté. Después bajé la vista y se me cortó la respiración. Había abierto el recipiente equivocado. No era el recipiente de la comida. Era el que contenía el fango.

Y la cucharada que había metido esta mañana había crecido. Ahora llenaba cada centímetro del recipiente.

-Déjame ver -dijo Alix.

-No -grité-. No -repetí más suavemente-. Quiero decir que no es comida. Es... bueno, no es nada.

-A mí me parece algo -bromeó Alix.

Le puse la tapa al recipiente e intenté volver a meterlo en la mochila.

Pero Alix se me adelantó.

Se lanzó sobre la mesa.

Me quitó el recipiente de las manos, abrió la tapa y metió los dedos.

12

-¡Nooo! -grité-. ¡N0000!

-Eh, eres mi compañero -dijo Alix-. Tienes que compartirlo todo conmigo. Me encanta esta cosa pegajosa. A mi hermana le regalaron algo parecido para Navidad.

Intenté arrebatarle el fango. Pero lo mantuvo por encima de su cabeza.

-Quiero jugar con eso, Al. Por favor.

Tomó un puñado de la masa anaranjada.

-Yo también quiero. -Geoff le sacó el recipiente a Alix y también sacó un poco con la mano.

-Devuélvanmelo -les rogué-. Por favor, devuélvanmelo. -Pero no me prestaron ninguna atención.

-Eh, no se olviden del equipo verde. Melanie y yo también queremos baba -gritó Tanya.

Geoff le lanzó el recipiente a Tanya. Ella metió ambas manos en el fango e hizo una bola.

-Tanya. Dámela -grité-. No sabes qué es esa sustancia.

-Claro que sé lo que es -afirmó Melanie-. Yo también quiero.

Tanya le pasó el fango a Melanie. Ella desgajó un puñado.

-¿Quieres un poco, Sapo?

-¡Sí! -respondió Sapo.

-Por favor. Por favor. Por favor. Dénmelo -protesté.

-Toma -dijo Geoff. Y me lanzó un pedazo de fango. Pero erró el tiro y le dio a Tanya en toda la frente.

Tanya cargó su cuchara de plástico con una bola de fango. Dobló la cuchara hacia atrás y después la dejó ir, lanzándole un buen pedazo a Geoff. ¡Plas! Un golpe directo.

-¡Esto es genial! -exclamó Tanya-. Y me encanta el color. No había visto nunca este color. Seguro que brilla en la oscuridad.

-Devuélvanmelo -repetí-. Devuélvanmelo. Devuélvanmelo. Devuélvanmelo.

Sapo hizo ver que lanzaba un enorme estornudo y que le salía un enorme grumo de fango de la nariz.

-¡Qué asco! -gritó Alix.

-Eso no da asco -dijo Sapo-. Esto sí que da asco -dijo poniéndole fango en el pelo a Geoff.

Melanie señaló con el dedo el pelo de Geoff y empezó a reírse. Se reía con tantas ganas que le era imposible hablar.

Después, todos empezaron a tirarle fango a la pobre Melanie.

Todos excepto yo, claro está.

Me quedé mirando a mi alrededor. Era una lucha de fango sin cuartel.

Les resbalaban grumos de aquella sustancia de color neón por las frentes y las mejillas. Tenían restos en el pelo y pegados a las manos.

La situación era desesperada. Desesperada por completo.

Iban a volverse tan tontos como yo.

13

-¿Por qué no habla nadie conmigo? -le pregunté a Alix.

-Porque armaste todo un escándalo con el fango. La próxima vez no seas tan egoísta -dijo Alix mientras íbamos hacia el auditorio-. De ese modo no se enfadarán contigo. Está tan claro como que dos y dos...

Me detuve y la miré.

-¿Cuánto? -pregunté-. ¿Cuánto, Alix?

Yo aún sabía la respuesta de dos más dos. Pero, ¿la sabía Alix? ¿Hasta qué punto la

había vuelto tonta el fango?

-Dos y dos -murmuró Alix. Frunció el entrecejo.

-Dos y dos...

Vamos, Alix, pensé. Vamos. Dos y dos son veintidós. Seguro que lo sabes.

-¿Cuánto suman dos y dos? -repetí. Alix se rió tímidamente.

-No me acuerdo. Deben ser los nervios por lo del concurso de ciencias. -Me sonrió. -No te preocupes, compañero, me encontraré bien en cuanto empiece.

Pero yo sabía la verdad. Alix no se encontraría bien. El fango le había empapado el cerebro definitivamente.

Cuando avanzábamos por el pasillo, vi que mi padre y mi madre estaban fuera del auditorio.

-Queríamos desearte buena suerte, querido -me dijo mamá-, antes de que empezara el concurso.

Intenté sonreír mientras nos acercábamos a mis padres, pero hasta para respirar tenía bastantes problemas.

-Buena suerte, hijo mío -dijo papá dándome una palmada en el hombro.

-Gracias, papá -dije-. Gracias.

Eché un vistazo al auditorio. Estaban ocupados casi todos los asientos. Sentí la garganta seca.

-Vamos -me animó Alix-. Está a punto de empezar.

-Sé que no nos defraudarás -dijo mamá.

Saludé con la mano a mamá y a papá y seguí a Alix hasta el auditorio. Sapo me sonrió abiertamente mientras subíamos al escenario.

-Van a perder -me dijo moviendo los labios sin emitir sonido alguno. Pero Geoff parecía un poco nervioso.

Alix y yo nos sentamos en la mesa vacía. Miré a Melanie y Tanya. Ninguna de la dos parecía nerviosa en absoluto.

Melanie estaba haciendo un enorme globo de chicle. Tanya estaba mirando cómo se hacía cada vez más grande.

El señor Emerson subió al escenario justo en el momento en que explotaba el globo de Melanie. La atravesó con la mirada mientras ésta se quitaba de la cara los restos del chicle que se le habían quedado pegados.

-Bienvenidos a la primera vuelta del concurso de ciencias de este año -anunció el señor Emerson-. Quiero dar la bienvenida a los estudiantes, el profesorado, los amigos y las familias que hay entre nuestro público. También quiero felicitar a nuestros concursantes por anticipado. Al margen de lo que ocurra hoy, todos ellos son ganadores.

Yo dudaba de que el señor Emerson fuera a tener la misma opinión una vez que hubiera acabado el concurso de ciencias. Sabía que mi familia no la tendría.

-Vamos a empezar -dijo el señor Emerson-. Recuerden que cuando un equipo falla una pregunta, el otro equipo tiene derecho a contestarla. Buena suerte a todos.

Mostró una amplia sonrisa y sacó un taco de fichas del bolsillo.

-Empezaremos por el equipo azul -anunció. Menos mal. Mi equipo no tenía que responder a la primera pregunta.

-Con lo mucho que se habla sobre genes hoy en día -leyó el señor Emerson-, ¿nos pueden decir qué significan las iniciales ADN?

Geoff se quedó mirando a Sapo. Sapo se quedó mirando a Geoff.

-Bueno, no hace falta que respondan los dos a la vez -dijo el señor Emerson, riéndose.

¿Hasta qué punto eran ahora tontos Sapo y Geoff? ¿Sería alguno de los dos capaz de dar la respuesta correcta?

Librodot

-¿ADN? -preguntó Sapo-. Más vale que la respondas tú, Geoff.

-No -susurró Geoff-. Respóndela tú. Tú siempre estás alardeando de lo listo que eres. Demuéstralo.

Sapo negó con la cabeza.

-No sería justo que respondiera a todas las preguntas.

A regañadientes, Geoff se puso de pie.

-ADN -murmuró-. Esta no es nada fácil.

-Te daré una pista -dijo el señor Emerson-. Tiene que ver con la genética.

Geoff se quedó mirando al suelo.

-Me suena. -Suspiró. -He oído eso de la genética en alguna parte.

¿Por qué habría traído el fango a la escuela? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? El cerebro de Geoff se había convertido en gelatina y yo tenía toda la culpa.

-No me acuerdo -admitió Geoff finalmente.

El señor Emerson giró hacia Melanie y Tanya.

-¿Alguien del equipo verde quiere probar suerte? -preguntó.

Quizás alguna de ellas tenía todavía el suficiente poder mental para responder adecuadamente a esta pregunta. Yo sabía que no lo tenía.

Melanie se sacó un trozo de chicle de la nariz y se lo metió en la boca.

-Me temo que no -dijo, mascando chicle nerviosamente.

Vi a mis padres en primera fila. Papá me hizo una señal de ánimo con los pulgares. Me di cuenta de que, después de haber pasado el turno de los otros equipos, probablemente pensaba que ya la sabía.

-¿Equipo rojo? -preguntó el señor Emerson. Su voz delataba una cierta preocupación.

Miré a Alix. Ella estaba murmurando "ADN" una y otra vez y moviendo la cabeza hacia adelante y atrás.

-Nosotros tampoco lo sabemos -le dije al señor Emerson.

Alguien se rió entre el público. Me pareció que era Eric, pero no miré. No quería ver a nadie y sobre todo no quería ver a mi padre. Seguro que ahora no me estaba haciendo ninguna señal de ánimo.

-Bueno, quizá deberíamos pasar a un área de investigación científica diferente -dijo secamente el señor Emerson.

Sacó otra tarjeta de su taco.

-Esta es para el equipo rojo -anunció el señor Emerson-. ¿Cuál es la definición de eco¯logía?

-Yo la sé -gritó Alix, poniéndose de pie. Quizás el fango no había afectado a Alix tanto como me había parecido.

-Muy bien, Alix -exclamó el señor Emerson-. Dinos qué es la ecología.

La enorme sonrisa del rostro de Alix se tornó en una mueca de preocupación.

-Alix -la animó el señor Emerson.

-La sabía hace un momento -dijo, mordiéndose el labio inferior.

Podía oír los murmullos del público. Y un par de niños se rieron.

Alix apretó los puños.

-Sabía la respuesta. La sabía. ¡La sabía!

-Ya tendrás otra oportunidad, Alix -dijo el señor Emerson-. Los concursos de ciencias ponen muy nervioso, ¿verdad? Y ahora, ¿desea el equipo azul responder a esta pregunta?

Geoff señaló a Sapo.

-¿Me podría repetir la pregunta? -solicitó Sapo.

El señor Emerson suspiró.

-¿Qué es la ecología? -repitió.

Sapo se levantó con los hombros echados hacia atrás y la cabeza bien alta.

-La ecología es cuánto dinero gana la gente y en qué lo gasta -dijo Sapo a voz en grito.

-Incorrecto -le dijo el señor Emerson.

-¿Está seguro? -le preguntó Sapo.

-¿Qué? -preguntó el señor Emerson sin acabar de creer lo que oía.

-Compruebe la respuesta -insistió Sapo-. Mi padre es ecologista, así que estoy seguro de que la respuesta es correcta.

-Soy economista. ¡Economista! -gritó un hombre desde el fondo del auditorio.

-¿Estás seguro, papá? -dijo Sapo-. Creía que...

-Sapo -lo interrumpió el señor Emerson-. Siéntate, por favor. La respuesta no es correcta.

El señor Emerson giró hacia Tanya y Melanie.

-¿Chicas? -preguntó-. ¿Quieren probar suerte?

Melanie agarró la pulsera de la suerte que llevaba en la muñeca.

-¿Ecología no es el nombre de ese oso que dice que todos debemos contribuir a evitar los incendios forestales?

-No, me temo que no -dijo el señor Emerson. Vi que el sudor empezaba a perlarle la frente. -Ni remotamente.

-Siguiente pregunta. Para el equipo verde. ¿En qué año nació Louis Pasteur?

-¿Quién? -preguntó Tanya.

-¿Eh? -dijo Melanie.

-¿El equipo rojo? -El señor Emerson sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente mientras esperaba a que Alix y yo contestásemos.

Alix negó con la cabeza. Se pasó el dorso de la mano por los ojos.

Sentí que se me hacía un nudo en el estómago. ¿Estaba Alix llorando? No lloraba nunca.

-Los estoy defraudando a todos, ¿verdad? -exclamó Alix-. No debería estar en este concurso de ciencias. No soy lo bastante inteligente.

-Geoff tampoco -la interrumpió Sapo-. Nos ha hecho perder la pregunta del ADN.

-¡Tú tampoco sabías la respuesta! -gritó Geoff.

-Sí la sabía -le espetó Sapo.

-No la sabías -respondió Geoff-. Y creías que tu padre era un ecologista.

-Es un ecologista -dijo Sapo.

-No lo es -gruñó Geoff.

-¡Ya basta! -intervino el señor Emerson.

-Sí lo es -oí que susurraba Sapo.

Melanie y Tanya no estaban prestando atención a Sapo y Geoff ni a Alix ni al señor Emerson. Melanie estaba haciendo otro globo enorme. Y Tanya la miraba mientras se trenzaba el pelo.

-¡Ni siquiera sé cuánto son dos y dos! -gritó Alix de pronto-. ¿Qué me ocurre? Los he defraudado a todos. Lo siento. -Después se fue del escenario a toda velocidad.

Me levanté de un salto y fui tras ella.

-Espera, Alix -grité-. No es culpa tuya. Es...

El señor Emerson me agarró del brazo. -Uno de los profesores se encargará de Alix -me dijo-. Siéntate.

Me senté.

-Vamos a intentarlo con otra pregunta -dijo el señor Emerson con la voz temblorosa-. Esta es para el equipo azul. ¿Quién descubrió que la Tierra gira en torno del Sol?

El Sol. Esto me recordó algo. El desayuno; Michelle me hacía preguntas.

-¿Sapo? ¿Geoff? ¿Alguno de ustedes lo sabe?

-No quiero estar en este equipo -saltó Geoff.

-Bueno, pues yo no quiero que estés en mi equipo -respondió Sapo.

-Ya basta! -gritó el señor Emerson. Cerró los ojos durante un largo instante.

-Ya basta -dijo en tono más suave-. ¿Quiere responder el equipo verde?

Librodot

Melanie levantó la mano.

-Sí. Melanie -dijo el señor Emerson en un tono de lo más alegre.

-¿Puedo agarrar más chicle? Pienso mejor cuando mastico chicle y acabo de tragarme el que tenía -dijo Melanie.

Todos los espectadores rieron. Tenía unas ganas increíbles de bajar del escenario. Tenía unas ganas increíbles de que acabase el concurso de ciencias.

-No, no puedes agarrar más chicle -dijo firmemente el señor Emerson. Podía ver cómo le palpitaba un pequeño músculo junto al ojo izquierdo.

-Entonces no puedo responder a la pregunta -replicó Melanie.

-¿Tanya? -preguntó el señor Emerson. Tanya levantó la cabeza.

-¿Eh?

El señor Emerson negó con la cabeza.

-¿Lo sabe alguien? ¿Puede alguien decirme quién descubrió que la Tierra gira alrededor del Sol?

Miré hacia el auditorio. Mis padres estaban mirándome y sonriendo.

Espera. Espera. Esta la sabía.

Me apreté las manos contra las sienes. Si apretaba lo suficiente, quizá me saliera la respuesta por la boca.

¿Era algo acerca de mi padre? No, algo acerca de una Tortuga Ninja.

-¡Galileo! -exclamé.

En el rostro del señor Emerson se dibujó una enorme sonrisa. El público estalló en aplausos. Mi madre y mi padre fueron los que más fuerte aplaudieron.

Había anotado el primer punto en el concurso de ciencias.

14

Por desgracia, también fue el último punto que cualquiera de nosotros llegó a anotar en el concurso de ciencias.

El señor Emerson hizo otras tres preguntas y nadie intentó siquiera contestarlas.

Geoff y Sapo entablaron una competición a gritos acerca de quién era más estúpido. Melanie sólo hablaba de chicles. Y Tanya probaba hacerse un peinado tras otro.

Finalmente, el señor Emerson tiró su taco de preguntas al suelo.

-¡No sé qué les ocurre! -gritó-. Siempre tenemos estudiantes sobresalientes en los concursos de ciencias. Todos son unos niños brillantes. ¿Qué jugarreta es ésta?

-Yo he estudiado -protestó Sapo-. Todas las noches. Antes de la comida me lo sabía todo.

Pero el señor Emerson se negaba a escuchar. No lo había visto nunca tan enfadado.

-El concurso de ciencias ha acabado -declaró el señor Emerson-. Este colegio no volverá a celebrar ningún concurso hasta que los estudiantes sean capaces de convencerme de que tienen la madurez suficiente para participar en él.

La mayoría de los chicos, profesores y padres salieron del auditorio rápida y discretamente. Pero mis padres me esperaron junto al escenario.

Bajé los escalones lentamente y los seguí hasta salir del colegio. No sabía qué decirles.

Ninguno de nosotros dijo nada hasta que estuvimos a una manzana de casa. Entonces mi padre rompió el silencio.

-No entiendo qué te ha pasado hoy. Tú no eres tonto, Al -dijo.

-Supe lo de Galileo, ¿no? -murmuré-. He conseguido más puntos que nadie, ¿no?

-Pero deberías haber sido capaz de responder a todas las preguntas -contestó papá.

-Yo también estoy descontenta con la actuación de Al -dijo mi madre-. Pero los demás chicos tampoco lo han hecho demasiado bien esta tarde. Era su primer concurso de ciencias. Todos estaban nerviosos.

-Michelle tuvo una actuación brillante en su primer concurso de ciencias -señaló mi padre-. Estar un poco nervioso sirve para que las cosas vayan mejor, siempre que uno sepa lo que tiene que saber. Y Al evidentemente no lo sabía.

Nos dirigimos hacia la puerta de nuestra casa.

-Tu padre y yo tenemos que volver a trabajar -dijo mi madre-. Quédate en tu habitación y piensa en lo que ha ocurrido esta tarde. Ya hablaremos de ello cuando volvamos a casa.

-Tenemos que asegurarnos de que no vuelva a ocurrir -añadió mi padre-. Si no tienes cuidado, desaprovecharás todas tus oportunidades de ir a una buena universidad.

¡La universidad! Probablemente no aprobaría sexto después de lo que me había hecho el fango.

Vi cómo mis padres se subían a sus coches y se marchaban. Después me fui hacia la casa. Giré el picaporte y tiré de él. La puerta no se abría.

Tiré de nuevo, esta vez con todas mis fuerzas. Seguía sin abrirse.

Después giré el picaporte y empujé. La puerta se abrió de golpe y entré dando un traspié.

Sentía que el corazón me palpitaba en los oídos. Apenas si podía recordar cómo se abría la puerta. ¿Qué iba a hacer?

Atravesé el pasillo hacia mi habitación y me senté en la cama. Gordi entró y de un salto se puso a mi lado.

Vi que había una revista en mi mesa de noche. Tenía una foto de un par de patines en la portada. Intenté leer el nombre de la revista. Pero después de la S me di por vencido y tiré la revista al suelo.

Me dejé caer sobre la cama y me quedé mirando al techo.

El fango me había destrozado la vida. No podía leer. No podía pensar con claridad. No podía abrir una puerta.

El señor Emerson estaba furioso conmigo. Mi profesor de ciencias, el señor Gosling, probablemente se sentía humillado.

Y mis padres; mis padres pensaban que era un caso perdido.

No quería ni pensar en lo que me diría Michelle cuando se enterase de cómo lo había echado todo a perder en el concurso de ciencias.

Pero lo peor de todo era que otros cuatro chicos habían tocado el fango. Sus vidas también se habían echado a perder. Y todo por mi culpa.

¿Hasta cuándo iba a seguir volviéndome cada vez más estúpido?, me pregunté.

Decidí que no quería seguir pensando en ello.

No quería pensar en qué más podría ocurrirnos antes de que el fango nos destruyera el cerebro por completo.

No quería pensar en ello porque no tenía modo alguno de detenerlo.

15

Ring.

Me incorporé en la cama y escuché.

Ring.

Ahí estaba otra vez.

Debía hacer algo al oír ese sonido. Pero ¿qué?

Ring. Ring. Ring.

-Al, déjame entrar.

Era Colin.

El timbre de la puerta. Eso era el sonido: el timbre de la puerta. Y cuando oyes el timbre de la puerta, abres la puerta, me dije.

Abrí la puerta de un tirón -¡en el primer intento!- y Colin entró a toda prisa. Tenía la cara enrojecida y sudorosa. Debía de haber venido corriendo sin parar desde el colegio.

-Ha sido el fango, ¿verdad? -me preguntó Colin, jadeando.

Asentí.

-Todos los participantes del concurso de ciencias lo tocaron. Ahora también son tontos.

-¿Qué vas a hacer? -exclamó Colin.

-No lo sé -gemí-. Tengo que encontrar algún modo de recuperar nuestros cerebros. Pero soy demasiado estúpido para hallar una solución.

-No te preocupes -dijo Colin-. Te ayudaré.

¿Qué podía hacer Colin? Ahora él era más listo que yo. Pero eso no quería decir que fuera lo bastante listo para resolver este problema.

-Tenemos que matar al fango -afirmó Colin.

-Espera -dije. Sabía que esa idea tenía algún inconveniente. Pero ¿cuál? -Espera. Si matas al fango, quizá también acabes con nuestros cerebros.

-Sí, claro -respondió Colin. Cerró los ojos. Se le arrugó la frente mientras pensaba.

Después abrió los ojos de par en par y sonrió.

-Tengo un plan. Tenemos que... ¿cómo se dice? Sé que di la respuesta adecuada en el examen de ciencias.

-A mí no me preguntes -le dije.

-Neutralizarlo -saltó Colin-. Eso es. Tenemos que neutralizar el fango.

-¿Neutralizarlo? -repetí. Aquella palabra me sonaba. Pero no tenía ni idea de qué significaba.

-Tenemos que encontrar un agente químico y añadirlo al fango y entonces éste perderá sus poderes -me explicó Colin-. Quizá si lo tocas después de que lo hayamos neutralizado recuperarás tu cerebro. Vamos. Vamos a bajar al sótano.

Lo que decía Colin parecía tener sentido pero, claro, ¿yo qué sabía? Era idiota.

-Lo primero que tenemos que hacer es agarrar una porción de fango -dijo Colin, bajando a toda prisa las escaleras hacia el sótano-. Después podemos probar diferentes sustancias químicas hasta que veamos cuál puede neutralizarlo.

Colin se acercó a la heladera. La sacó de debajo de la mesa. Después se dispuso a levantar la tapa.

-Para -le grité-. Ábrela sólo un poco -le advertí.

-Bueno, bueno -me contestó. Abrió sólo una rendija.

Bum, bum. Bum, bum.

¿Qué era eso? Era un sonido conocido, lo sabía. Lo había oído un millón de veces. *Bum, bum. Bum, bum.*

El latido de un corazón. Eso es. ¡El latido de un corazón!

Pero no era mi corazón.

Me entró un sudor frío.

Me acerqué a Colin por detrás. Abrió la tapa un poco más. Me agaché y miré dentro de la heladera.

Lo vi en el centro del fango. Un corazón. Mayor que mi puño. Mucho mayor. Con marañas de venas retorcidas que lo atravesaban.

Aquel asqueroso corazón latía una y otra vez. Las enormes venas palpitaban con cada bum, bum.

-Un corazón -dijo Colin respirando con dificultad-. Le ha salido un corazón.

¡Bam!

De repente, saliendo de la heladera, el fango explotó en una ola gigantesca. Se estrelló contra la tapa haciendo que saliera disparada hacia el otro lado de la habitación.

Colin me empujó hacia atrás mientras la sustancia anaranjada y palpitante salía de la heladera. Aterrizó en el suelo delante de nosotros dejando oír una especie de ruido blanduzco.

Después empezó a crecer. Y a crecer. Crecía a tanta velocidad que podíamos ver cómo ocurría.

-¿Co... cómo puede hacer eso? -tartamudeó Colin.

-No... no lo sé -contesté-. Pero no para.

El fango tenía ahora al menos un metro veinte de altura. Era una masa anaranjada que se agitaba y rodaba.

Nos apartamos. El fango avanzó.

-¿Sabe que estamos aquí? ¿Puede detectarnos de algún modo?

Retrocedí y oí un bufido. Había pisado a Chester. Ni siquiera sabía que estuviera allá abajo con nosotros.

Chester pasó corriendo a mi lado y se dirigió directamente hacia el fango.

-¡Chester, no! -grité-. ¡No!

El gato frenó en seco a escasos centímetros de la sustancia gelatinosa. Giró en redondo.

Pero no fue lo bastante rápido. El fango se elevó formando otra ola. Después se cerró sobre Chester y lo atrapó entre sus muros palpitantes.

Vi horrorizado cómo Chester luchaba por salir. El fango crecía y se estiraba cada vez que el gato se estrellaba contra él.

Una de sus garras atravesó el fango. Pero la sustancia viscosa volvió a succionarla rápidamente.

Después Chester consiguió sacar la cabeza. Se contorsionó y se sacudió, intentando liberar su cuerpo de aquella trampa palpitante.

Me lancé hacia el gato para intentar sacarlo.

Colin me agarró del brazo.

-No hagas eso -me dijo-. No puedes ayudarlo. El fango te atrapará a ti también.

Chester lanzó un prolongado maullido que hizo que se me erizara el vello de los brazos. A duras penas si pude mirar cómo el fango se extendía sobre su cabeza. Sobre sus ojos. Su nariz. Su boca.

Chester emitió un último alarido estrangulado al mismo tiempo que el fango emitía un horrible sonido de absorción. Después Chester desapareció.

Cubierto por el fango. Completamente cubierto.

Me temblaban las rodillas. Me apoyé contra el muro para no caerme. Mi mirada seguía pegada a la masa palpitante a medida que resbalaba por el suelo, hasta pasar deslizándose a nuestro lado.

-¡Eh, mira! -grité-. ¡Mira!

El fango dejó un rastro viscoso delante de nosotros. Y en medio del mismo estaba Chester.

Lo había dejado ir. Lo había dejado ir. Chester estaba vivo.

-Aquí, Chester -llamé.

Chester no se movió.

-Ven aquí, gatito -lo apremié-. Ya ha pasado todo.

Chester siguió allí sentado. Con la mirada perdida y la boca abierta. Parecía totalmente fuera de sí.

Sin habla.

-Oh, no -gemí al darme cuenta de la verdad-. Chester se ha vuelto idiota. ¡Completamente idiota! El fango ha absorbido todo su cerebro. Todo.

-¡Mira! -gritó Colin, señalando hacia la horrible masa viscosa.

El fango se había detenido.

Empezó a agitarse con gran fuerza.

-¡Va a explotar! -gritó Colin-. ¡Va a explotar! ¡Corre! ¡Corre!

Pero no podía correr.

No podía moverme. Sólo podía mirar a aquel horrible fango, que ahora se agitaba salvajemente y empezaba a estirarse. Se estiraba hacia arriba. Cada vez más alto.

Se me fue abriendo la boca a medida que crecía. Podía ver su asqueroso corazón, que no cesaba de palpitar, a medida que se hacía cada vez más y más alto. Ahora ya medía más de dos metros.

Después, con un ruido nauseabundo, aparecieron dos enormes burbujas, una a cada lado.

Estas también empezaron a estirarse. Hacia cada lado. Cada vez más.

-¿Qué... qué está haciendo? -tartamudeó Colin.

-Cr... creo que le están creciendo brazos -dije profundamente asustado-. Le están creciendo brazos.

-Oh, no -gruñó Colin-. Y también manos.

Manos. De aquellos brazos largos y húmedos salieron dos manos tumefactas y brillantes. Y después a ambos se nos cortó la respiración, a medida que iban creciendo ocho dedos en cada mano. Dedos largos y resplandecientes que empezaron a moverse.

A moverse hacia nosotros.

Avanzando. Avanzando. Avanzando hacia nuestras gargantas.

16

-¡Noooo! -grité-. ¡Noooo!

Los dedos resplandecientes del fango se estiraron hasta llegar a escasos centímetros de mi rostro.

Colin me tomó del brazo y me señaló el cuerpo de la criatura.

-No creo que pueda moverse ahora que ha cambiado de forma -susurró-. Creo que se ha quedado pegado al suelo.

Me quedé mirando su cuerpo de color anaranjado neón.

Colin tenía razón. La parte inferior del fango estaba pegada al suelo. Sus manos ya no podían acercarse más a nosotros.

-Vamos a salir de aquí -grité-. ¡Ahora!

Colin y yo nos alejamos del fango. Yo no le quitaba los ojos de encima a la criatura para asegurarme de que estaba fuera de su alcance.

Después el terror me heló la sangre.

-Mira... mira, Colin. -Se estaba formando una burbuja redonda en la parte superior del fango. -Le está creciendo una cabeza.

El corazón me latía cada vez con más fuerza a medida que la burbuja iba creciendo más y más y empezaba a mostrar dos manchas, que se fueron convirtiendo en ojos vacíos y amenazadores.

Con otra sacudida se abrió un enorme agujero, dando lugar a una boca asquerosa abierta de par en par.

Pero lo peor era el cerebro.

El fango tenía un cerebro enorme.

Podía ver cómo empujaba, palpitando contra la parte superior de la cabeza de la criatura. Empujando contra su cráneo viscoso.

-Vamos -me dijo Colin tirándome del brazo-. Tenemos que salir de aquí.

Pero no me moví.

Me quedé allí, congelado. Y observé cómo empezaban a salirle piernas a aquella repulsiva criatura.

-¡Corre! -me gritó Colin-. ¡Corre! -Me agarró del brazo y tiró de mí hacia las escaleras.

Subimos las escaleras a toda prisa y entramos en la cocina.

Chof. Chof.

-¡Oh, no! Nos está siguiendo. ¡Nos está siguiendo!

-¡Tenemos que escondernos! -grité-. Ya está aquí.

La criatura fangosa entró en la cocina con uno de sus viscosos pies anaranjados por delante.

-¡Por aquí! -le grité a Colin.

Corrimos hacia el salón y después atravesamos el pasillo.

Pasé junto al armario para ropa blanca. El armario es un buen lugar para esconderse, pensé.

-Me voy a esconder aquí -le dije a Colin girando hacia atrás-. Tú escóndete en mi habitación.

Me introduje en el armario y cerré la puerta. Oí que Colin se metía a toda prisa en mi habitación.

Me acurruqué en el armario caliente y oscuro, jadeando. Intentando respirar.

Chof Chof.

Ahí viene. Está avanzando por el pasillo. Que no me encuentre, por favor. Que no me encuentre, por favor, dije una y otra vez.

Chof. Chof.

Aquel ruido asqueroso cada vez era más fuerte, cada vez estaba más cerca.

Chof.

La criatura se detuvo, justo fuera del armario.

Me aferré a la manija con las manos temblorosas. Preparado para que se abriera la puerta.

Esperé. Pero no ocurría nada.

Escuché. Un silencio total.

¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué?

¿Por qué no abre la puerta? Tiene manos.

Puede abrir la puerta. ¿Por qué no lo hace? Apreté la oreja contra la puerta del armario. Silencio.

¿Dónde está? ¿Qué está haciendo?

¡Ya lo sé! No puede abrir la puerta. Sus manos son demasiado babosas. Probablemente le resbalan cada vez que intenta agarrar la manija.

¡Bien! Grité en silencio. ¡Bien! No puede entrar.

Después lo sentí.

Sentí algo caliente y pegajoso que me empapaba las medias.

Miré hacia abajo y me quedé boquiabierto. El fango. Estaba pasando por debajo de la puerta.

Y cada segundo que pasaba subía más.

Giré la manija y tiré de ella. La puerta estaba encallada.

Golpeé la puerta con ambas manos. Clavé mis uñas en ella.

-¡Ábrete! -grité-. ¡Ábrete!

Ahora el fango me llegaba por las rodillas. Y cada vez subía más deprisa. Tenía la impresión de que mis pies estaban pegados al suelo con cemento. Moví las piernas, procurando no quedarme quieto en aquel fango repulsivo.

Agarré la manija y volví a tirar de ella. Tiré con todas mis fuerzas mientras el fango empezaba a llegarme a la cintura. Atrapándome con su cuerpo frío y húmedo.

-¡Ábrete! ¡Ábrete! -le grité a la puerta una y otra vez.

Y entonces lo recordé: empujé la puerta y abrí, desplazando a un lado la masa de fango que aún estaba en el pasillo.

Con un enorme esfuerzo me zafé de la masa viscosa que me rodeaba. Salí corriendo hacia el dormitorio.

-¿Dó... dónde está? -tartamudeó Colin desde debajo de mi mesa.

-Está...

-¡Aquí! -dijo Colin acabando la frase que yo había empezado.

Giré.

Ahí estaba, junto a la puerta, completamente formada y más grande que nunca. Al menos tenía tres metros y medio de altura y pelo.

Le había salido pelo a la criatura, pelo negro y estropajoso que brotaba por todo su cuerpo anaranjado.

-¡Qué asco! -gimió Colin, acurrucándose más debajo de mi mesa.

Los largos pelos temblaban, temblaban furiosamente, mientras la criatura doblaba las piernas y se agachaba para pasar por la puerta. -No -me oí decir-. No.

-Su cabeza -susurró Colin-. Mírale la cabeza.

Me quedé mirando la cabeza del monstruo. Era enorme, mayor que una pelota de baloncesto. Y dentro de ella se veía un enorme cerebro que palpitaba contra sus sienes, como si fuera demasiado grande para la cabeza.

El corazón me latía a toda prisa mientras intentaba alejarme.

Aquel ser nauseabundo se me quedó mirando con sus cuencas oculares vacías. Después vi horrorizado que el agujero que le servía de boca se abría lentamente.

-No te muevas, humano -atronó su profunda voz-. No te muevas. Ahora no puedes escapar.

17

-De... déjanos en paz -tartamudeé-. Déjanos en paz.

-Oh, no. También habla -le oí decir a Colin mientras la criatura se deslizaba hacia adelante.

-Lo has hecho muy bien -me dijo la criatura-. Has seguido mis instrucciones y me has dado vida. Un buen plan, ¿verdad?

-No... no te entiendo -tartamudeé.

-Yo te lo explicaré -contestó la criatura-. Y después me iré, con tu cerebro.

Sabía que no quería oírlo, pero también sabía que no tenía alternativa. Me temblaba todo el cuerpo mientras escuchaba.

-Mi planeta necesita cerebros -comenzó la criatura-. Cerebros humanos inteligentes. Para expandir nuestro potencial cerebral. La cuestión era dónde encontrarlos. ¡En los juegos de química! -exclamó la criatura-. Los humanos inteligentes usan juegos de química.

La criatura alienígena se deslizó hacia adelante.

-De modo que metimos aquellas instrucciones en juegos de química por toda la Tierra. Y tú hiciste el resto. Qué plan tan inteligente, ¿verdad? La criatura no esperó a que respondiera. -Ya basta de explicaciones -afirmó-. Ya es hora de que me lleve el resto de tu cerebro.

-¡Nooo! -grité-. ¡Jamás!

¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer? ¡Piensa! ¡Piensa!, me dije.

Y después se me ocurrió. ¡Correr!

Sorteé al alienígena viscoso y corrí hacia el pasillo.

Chof Chof.

La criatura fangosa me persiguió. Deslizándose por el pasillo. Ahora con gran rapidez. Con increíble rapidez.

Llegué al salón y me dirigí hacia la puerta delantera. Tira de ella para abrirla. Tira de ella para abrirla, me recordé, mientras agarraba el picaporte.

Giré el picaporte y tiré de él.

La puerta se abrió sin dificultad. ¡Bien! Pero ya era demasiado tarde.

El fango adelantó una mano caliente y pegajosa y me atrapó.

-¡Déjame! -grité. La criatura me levantó por los aires. -¡Déjame!

Me revolví y me contorsioné para zafarme de la fuerte presa del fango.

Gordi salió de la cocina a toda prisa, lanzándose en mi rescate.

Corrió hacia la criatura. Corrió directamente hasta chocar contra ella. Se metió de lleno en el fango viscoso.

La criatura me dejó caer al tiempo que su cuerpo baboso se enroscaba en torno de Gordi.

-¡Oh, no! ¡Oh, no! -grité. Pobre Gordi. Estaba atrapado entre aquellos asquerosos muros palpitantes.

Miré horrorizado cómo Gordi intentaba abrirse paso con sus garras. Pero era inútil. No tenía escapatoria.

Y entonces, de pronto, la criatura se quedó rígida. Arqueó su cuerpo y Gordi salió disparado.

Cayó sobre el suelo con un golpe seco.

-Gordi. Gordi. ¿Estás bien? -dije acercándome a mi perro-. ¿Estás bien? ,

Gordi me miró con los ojos vacíos. La misma mirada que tenía Chester después de que el fango le hubiera absorbido el cerebro.

-Oh, Gordi -gemí-. Te ha robado el cerebro. Te ha robado el cerebro.

Chof Chof.

Levanté la cabeza. La criatura de fango estaba encima de mí.

Ahora era enorme.

Y también lo era su cerebro.

Podía verlo latir repetidamente contra su cráneo palpitante.

-Ahora quiero el resto de tu cerebro -afirmó-. Quiero tu cerebro.

-No -grité-. No. No te lo voy a dar. Es mío. Es mío. -Propiné golpes con las manos y los pies a aquel cuerpo gelatinoso. Pero era mucho más fuerte que yo.

Me levantó del suelo.

Me izó hasta su asquerosa boca.

Y después, con un horrible sonido de absorción, metió mi cabeza por su garganta.

18

-¡Déjame! ¡Déjame!

Empecé a dar patadas.

Golpeé el cuerpo viscoso de la criatura con los puños.

-¡Ahí voy, Al! -le oí gritar a Colin-. ¡Ahí voy!

Intenté escapar del monstruo y de pronto sentí que aflojaba su presa. Que la aflojaba hasta dejarme caer al suelo.

Vi cómo se tambaleaba lanzando gemidos agónicos.

Y después empezó a consumirse.

-Se está encogiendo -dijo Colin-. Se está encogiendo. ¿Qué le has hecho? ¿Qué le has hecho?

-Yo... yo no le he hecho nada -tartamudeé.

-Seguro que sí -insistió Colin-. Debes de haberle hecho algo.

Nos quedamos mirando a la criatura que se marchitaba disminuyendo de tamaño, convirtiéndose en una masa informe de fango.

Todavía podía verle el cerebro. Pero era del tamaño de un poroto. Todavía podía verle los ojos vacíos. Y ahí estaba su boca.

-Mira, Colin. Mira. -Señalé a la criatura. -Está abriendo la boca.

La criatura de fango se nos quedó mirando. Abrió la boca.

-Arrf -ladró.

-Vaya. No lo puedo creer. ¡No lo puedo creer! -grité.

-¿Qué? ¿Qué? -me preguntó Colin.

-El cerebro de Gordi. El cerebro de Gordi ha derrotado al fango. Lo ha neutralizado -dije-. Seguramente sólo podía alimentarse de cerebros inteligentes. El cerebro estúpido de Gordi debe de haberlo dejado en estado de shock o algo así. No ha podido soportar el cerebro estúpido de Gordi.

Volví la vista hacia Gordi. Tenía el mismo aspecto de siempre. Supongo que no usaba mucho su cerebro.

-Tenías razón, Colin. Había que neutralizar el fango. Y el cerebro estúpido de Gordi lo ha conseguido. Ha destruido a la criatura.

-Vaya, vaya, vaya. -Parecía como si Colin no pudiera decir nada más.

-Eh, Colin, vuelvo a ser listo. Soy listo.

-Me di cuenta.

-He recuperado mi cerebro. Y ya sé qué tenemos que hacer ahora.

-¿Qué? -me preguntó Colin asombrado.

-Tenemos que librarnos de esto. -Señalé con la cabeza el charquito de fango. -Tenemos que meterlo en la heladera y enterrarlo.

-Buena idea -convino Colin-. Voy a traer la heladera.

Me puse de rodillas y le rasqué las orejas a Gordi. El se puso panza arriba y le rasqué el estómago, donde más le gustaba.

-Me has salvado, Gordi -le dije-. Si hubiera tenido una mascota como Chester, a estas alturas ya me habría convertido en comida para esta cosa.

Vigilé el fango hasta que llegó Colin con la heladera y una pala. Metimos el fango en la heladera y cerramos la tapa. Después la até con una cuerda para que la tapa se quedara en su sitio.

Cavamos un profundo agujero en el jardín, bajo el roble.

Colin y yo empezábamos a meter la heladera en el agujero cuando dijo:

-¡Espera!

-¿Qué? ¿Qué pasa? -pregunté.-¿Cuál es la capital del Brasil? -me preguntó.

-Brasilia -respondí, sin ni siquiera pensarlo.

-Fantástico -dijo Colin sonriendo-. Sólo quería asegurarme de que estabas bien. Metimos la heladera en el agujero y lo cubrimos.

Saltamos sobre la tierra hasta que estuvo compacta y lisa.

Y aquél fue el final de la criatura de fango.

Librodot

19

Más o menos una semana después todo había vuelto a la normalidad.

Michelle empezó a enseñar a Chester a multiplicar, ahora que ya se acordaba de sumar.

Yo dejé de intentar enseñar a Gordi que me trajera cosas. Ya le resultaba bastante difícil cuando tenía cerebro. Ahora le sería imposible Pero sigue siendo un gran perro.

Los demás participantes del concurso de ciencias también recuperaron sus cerebros. No: disculpamos ante el señor Emerson y le echamos la culpa a la comida del comedor escolar. Le rogamos que nos diera otra oportunidad y finalmente accedió.

Y por eso hoy estoy aquí afuera estudiando Estoy disfrutando de una magnífica tarde de domingo soleada con *Enigmas Científicos y* mamá papá y Michelle. Mis tres preparadores.

-Siguiente pregunta, Al -anunció papá, pasando de página mi libro de *Enigmas Científicos-.* ¿Cuál fue el asombroso descubrimiento de Galileo?

-Estoy seguro de que ésta te la sabes, hijo -dijo mamá entre risas.

Mientras hacía como que pensaba, Michelle se fue paseando hasta el roble.

-¿Qué creen que son estas gotitas anaranjadas? -preguntó mirando al suelo.

Sentí que se me hacía un nudo en el estómago mientras mamá se acercaba al árbol.

-Nunca había visto nada parecido. Casi brillan -exclamó.

-Quizá sea algún tipo de sustancia contaminante de la capa de agua freática -sugirió Michelle-. Me pregunto si son tan viscosas al tacto como parecen.

Se agachó para tocar una.

-¡No lo hagas! -grité-. No te acerques. Podrían ser tóxicas o algo parecido.

-Probablemente Al tiene razón -dijo mamá, dando un paso hacia atrás.

-Yo no sigo los consejos de formas de vida inferiores -afirmó Michelle.

Después se agachó y agarró una de las gotas anaranjadas entre los dedos.

¿Ves? ¿No te había dicho que a Michelle le convendría no ser tan lista?

Librodot